



Número
Enero 2

HERALDOS DEL ANGELIO

Admiración y afecto

Veo a mi Dios reflejado en la naturaleza

En cierta tarde deliciosa y a la suave y melancólica luz vespertina divertíanse en amigable consorcio los niños que con Tomás se educaban en el monasterio de Montecasino.

De pronto, se apartó del bullicioso corro el más hermoso de aquellos inocentes; y alzando hacia las nubes los ojos y puestas sobre el pecho las manos estuvo en esa actitud largo rato. Aquel niño era Tomás adorando a su Creador en el espejo de la naturaleza, en el cual comenzaba ya a estudiar las maravillas de Dios.

Uno de los monjes que paseaba cerca observó atónito la actitud misteriosa de Tomás y, aproximándose a él, le preguntó por la causa de aquel embeleso. Dos lágrimas como dos perlas rodaron entonces por las tersas mejillas del angelical infante al salir de la milagrosa suspensión en que se hallaba y, respondiendo a la pregunta del monje, le dijo:

—Estoy trabajando por comprender a Dios. Maestro, habládme vos de mi Hacedor; decidme: ¿quién es Dios?

Sobrecogióse el monje ante la actitud nobilísima y gallarda del pequeñuelo que parecía bajar en aquel momento del Sinaí; y con dulcedumbre inmensa trató de explicarle algo de las grandezas del Señor. El niño escuchaba con atención y cuando hubo terminado el maestro, continuó el discípulo.

—Yo veo a mi Dios reflejado en la naturaleza; le siento, le oigo en multitud de maravillas que



Santo Tomás de Aquino - Iglesia del Santísimo Sacramento, Quebec (Canadá)

Gustavo Kralj

son como los pasos con que mi alma camina hacia el Cielo... pero quisiera conocer más de cerca al común Señor de las cosas.

Calló el monje sorprendido de la grandeza de aquella alma y de los tesoros de ciencia y de virtud que se encerraban en el inocente corazón de Tomasito; y al narrar a los demás religiosos la entrevista tenida con el niño, seguramente repetirían todos absortos la pregunta que se hicieron muchos de los que presenciaron las maravillas obradas en el nacimiento del Precursor: ¿Quién pensáis que va ser este niño en el que tan clara y ostensible se ve la mano de Dios?...

Extractos de SAINZ, OP, Manuel de María.

«Vida del Angélico Maestro Santo Tomás de Aquino». Vergara: Imprenta de «El Santísimo Rosario», 1903, pp. 26-28.

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XIX, número 210, Enero 2021

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

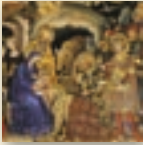
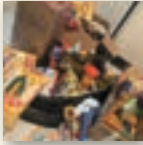
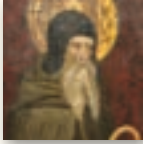
Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 902 199 044

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

Escriben los lectores	4		Modelo e incomparable maestro	32
Admiración y esclavitud (Editorial)	5		La música instrumental en el santuario	34
 La voz de los Papas – «Sed como niños»	6		Voz de la Iglesia, voz de Francia	38
 Comentario al Evangelio – ¿Dónde vive Jesús?	8		Heraldos en el mundo	42
 Esperaba de ellos justicia, pero sólo hay iniquidad	14		Sucedió en la Iglesia y en el mundo	44
 Del lejano Oriente... ..	18		Historia para niños... – Esperando el regreso de la noble caravana	46
 Admiración y afecto de la Virgen Madre	20		Los santos de cada día	48
 Maternal e infalible auxilio	24		Donde los Reyes Magos anduvieron una vez...	50
 San Antón – Padre de la vida monástica	28			



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido de la revista directamente desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es





ESCRIBEN LOS LECTORES

SOBRE «¿SAN NICOLÁS O PAPÁ NOEL?»

Me quedé boquiabierta ante la revelación muy bien documentada, presentada por la revista *Heraldos del Evangelio* del mes de diciembre, de cómo San Nicolás fue «depuesto» y en su lugar se introdujo el «producto» Papá Noel. La documentación deja clara la operación de guerra psicológica que, al apartar a San Nicolás, acabó borrando el recuerdo de la gran Persona que se festeja: el Niño Jesús.

Si no ofende la pregunta, me gustaría saber ¿qué oposición han hecho las familias contra la retirada de San Nicolás? Otra pregunta: ¿por qué nuestra Iglesia, con tantos miembros ilustres e inteligentes en su clero —que Dios los tenga consigo—, no fue capaz de percibir esa maniobra? Un detalle muy curioso: hasta la lucrativa Coca-Cola ha servido de instrumento para esa manipulación ateizante.

Enhorabuena a la joven articulista, la Hna. Antonella Ochipinti, con mis deseos de que todos los párrocos y todos los seminaristas conozcan esta materia.

Bruna Aparecida Alves Aguiar
Maringá — Brasil

UNO DE LOS MOMENTOS MÁS ELEVADOS Y ESPECIALES DE CADA MES

La revista *Heraldos del Evangelio* es, cada mes, con la santa Eucaristía y la lectura diaria de la Biblia, uno de los momentos más elevados y especiales. Siempre la recibo con alegría, pues siento verdaderamente que es como un refuerzo para fortalecerme en la fe, en la esperanza y en la caridad. La leo entera, con un gran consuelo físico y espiritual, no relego nin-

gún artículo, porque todos son para mí muy importantes y me traen gran consuelo y fortaleza.

Por eso les pido, una vez más, que no se olviden de enviarme la revista. Me despido, con un abrazo fraterno, en la certeza de que todos los que están vinculados a los *Heraldos del Evangelio*, por todo el mundo, están, junto con sus familias, todos los días en mis oraciones.

Alfredo A. Mandim Santos Primavera
Maia — Portugal

UN APOYO PARA LA EVANGELIZACIÓN EN EL AMAZONAS

Con gran satisfacción y alegría escribo estas líneas para la revista *Heraldos del Evangelio*, pues como lectora asidua, quiero compartir aquí con los demás amigos lectores cómo estas publicaciones me han servido de auxilio para mi formación moral y espiritual, a través de los artículos y textos edificantes, escritos por personas que, sin duda, inspiradas por Dios y la Virgen, han sido elegidas para regalarnos con esta bellísima revista católica. La formación espiritual que emana de las publicaciones me concede muchas inspiraciones y contribuyen a que continúe teniendo sed de la palabra de Dios y de la presencia de Nuestra Señora.

La revista es fuente de investigación para mi apostolado en los lugares donde he peregrinado en misión evangelizadora. En esa caminata, ya he estado en Bolivia, Manaos, São Paulo, y ahora me encuentro sirviendo a Dios en Porto Velho, ciudad en la cual resido actualmente. Registro aquí que desde que empecé mi caminar en la evangelización, no he parado de leer. A lo largo de estos cinco años como lectora, he percibido cómo la Santísima Virgen ha trabajado en mí en cada texto, artículo, testimonio, historia de la Iglesia y enseñanzas referentes a nuestra doctrina católica, y cómo he

podido llevar esas enseñanzas a varias personas de distintos lugares.

Siempre que leo la revista y encuentro un nuevo artículo siento que estoy aprendiendo algo original, como un licor de amor, paz, serenidad y sabiduría, que seguramente me ayudarán en este emprendimiento evangelizador.

En una ocasión, cuando estaba haciendo apostolado impartiendo un curso de Consagración a la Santísima Virgen en un área ribereña en el interior del Amazonas, algunas personas se acercaron a preguntarme de dónde me venía tanto conocimiento mariano católico. Y cuando les mostraba cuál era la fuente, que se trataba de una hermosa revista católica, y les leía algunos fragmentos y citas de ciertos artículos quedaban radiantes con cada tema. Confieso que, como lectora, Nuestra Señora me ha concedido varias gracias, me ha modificado mi forma de pensar y de referirme a nuestra Santa Iglesia.

Antonia Nunes
Porto Velho — Brasil

COMO MÉDICO, «RECETO» ESTA REVISTA

Queridísimos y estimados editores de la revista *Heraldos del Evangelio*, me dirijo a ustedes para agradecerles el bello y magnífico trabajo que hacen en cada publicación. Soy médico y, como tal, me dedico a velar por la salud corporal de las personas; pero es que cada historia, cada reflexión, cada artículo de su revista es un verdadero medicamento para el alma y para el estado de espíritu de quien la lee, un auténtico medicamento para la salud y confort de nuestra salvación.

Le receto a todo verdadero católico la lectura y difusión de esta revista, para su salud espiritual y salvación de su alma.

Carlos Alberto Barrenche Osorio
Vía revistacatolica.com.br

ADMIRACIÓN Y ESCLAVITUD

Si pudiéramos sintetizar en una sola palabra qué era lo que movía a las almas que acudían a Jesús, sería «admiración». De hecho, tras narrar los numerosos portentos —milagros de curaciones, resurrecciones, exorcismos, etc.—, los evangelistas insisten en poner de relieve ese generalizado estado de asombro: «la muchedumbre, al verle, se quedada admirada», «todos se admiraban de cuanto hacía» e incluso «todos se admiraban de las palabras de gracia que salían de su boca» (cf. Mc 9, 15; Lc 9, 43; Lc 4, 22). Ahora bien, ¿cuál es la razón de tanto arrobamiento?

La admiración nace cuando el alma desea, a partir de los efectos, reconocer la causa. Es la puerta de todo recorrido metafísico, es decir, la primera mirada de la inteligencia, como el propio origen del vocablo indica: «dirigir la mirada hacia» (*ad* + *mirar*). Si de suyo un hermoso paisaje nos embelesa, ¿qué decir de la divina mirada del Redentor? Como sabemos, no obstante, muchos —como Judas— negaron esa sacratísima vista y prefirieron la ceguera del alma a los rayos del Sol de Justicia.

La Santísima Virgen, por el contrario, fue el arquetipo de las almas admirativas: en la Anunciación se hizo «esclava del Señor» porque el Salvador *miró* su humildad (Lc 1, 38), en la Visitación su espíritu exultó en Dios (cf. Lc 1, 47) y en el Nacimiento de Jesús pudo finalmente glorificar, junto con los ángeles, a la causa misma de la admiración. Entre estas tres mociones del alma de María —es decir, la esclavitud, la exultación y la glorificación a Dios—, la primera quizá sea la más crucial. En efecto, en la actitud de esclavitud ya se encontraba en germen su obediencia impar, su amor entrañado por su Hijo y, por fin, la entrega incondicional a los designios de la Providencia, esto es, a aquello que desde siempre la Trinidad *previó* («vio antes») para Ella.

La historia de los santos, en particular la de los fundadores, tan sólo es el espejo de esa admiración primigenia y consecuente actitud de esclavitud. De hecho, fue bajo ese influjo que Mauro obedeció a su padre espiritual Benito para salvar a Plácido. Fue al contemplar las llagas del *Poverello* que una cohorte de almas se unió a Francisco, el «otro Cristo crucificado». Fue como de un vistazo que Don Bosco se admiró por la inocencia de Domingo Savio, llamándole cariñosamente «buena tela» (delante de su madre que era costurera); y cuya respuesta del joven brotó como un *flash*: «yo soy la tela y usted el sastre: haga de mí un hermoso traje para el Señor».

Tras un 2020 tan conturbado, nuestro espíritu ciertamente anhela un año nuevo bien diferente. ¿Cómo será? No lo sabemos. Pero basta contemplar el ejemplo admirativo de María y de la constelación de almas bienaventuradas para constatar que un auténtico cambio de la sociedad sólo puede empezar con una conversión individual. Urge, por tanto, buscar una nueva «mirada», que se traduce en dar la espalda al egoísmo y a tantos otros vicios que nos impiden admirar. Y así, en todo momento, podremos rogarle al Altísimo con propiedad: «He aquí vuestro esclavo, hágase en mí vuestra voluntad». ♦



Mons. João
Scognamiglio
Clá Dias, EP,
el 14/12/2020

Foto: Teresita Morazzani



«Sed como niños»

Los tres Reyes Magos no vieron al Niño expulsando a los demonios, ni resucitando a los muertos. Encontraron, por el contrario, a un pequeñín confiado al cuidado de su Madre. Aquel que aún no pronunciaba ni siquiera una palabra, ya enseñaba, así, por el simple hecho de ser visto.

El recuerdo de lo realizado por el Salvador del género humano es de gran utilidad para nosotros, amadísimos, si de este objeto de nuestra fe y de nuestra veneración hacemos el ideal de nuestra imitación.

En la economía de los misterios de Cristo, de hecho, los propios milagros son gracias y estímulos que refuerzan la doctrina, para que sigamos también en el ejemplo de sus obras a aquel que confesamos en espíritu de fe. Pues incluso estos primeros instantes vividos por el Hijo de Dios, nacido de la Virgen, su Madre, nos instruyen para nuestro progreso en la piedad.

Los corazones justos ven que ahí se les muestra en una sola y misma Persona tanto la pequeñez propia de la humanidad como la majestad propia de la divinidad. Aquel que una cuna presenta recién nacido, el Cielo y las huestes celestiales lo proclaman su Creador.

Este niño de cuerpo menudo es el Señor y el Redentor del mundo; aquel a quien ningún límite puede encerrar, se contiene todo entero sobre el regazo de su Madre. Pero en esto está la curación de nuestras heridas y la elevación de nuestra postración, porque si dos realidades tan diversas no se hubieran encontrado para unirse, la naturaleza humana no podría haberse reconciliado con Dios.

La vida de Jesús empezó y terminó en la persecución

Los remedios a nosotros destinados nos han fijado, por tanto, una regla de vida y de lo que era una medicina administrada a los muertos ha surgido una norma para nuestras costumbres.

Y no sin razón cuando los tres Magos fueron conducidos por el resplandor de una nueva estrella para ir a adorar a Jesús, no lo vieron expulsando a los demonios, ni resucitando a los muertos, ni devolviéndoles la vista a los ciegos o la facultad de andar a los cojos o el habla a los mudos, ni realizando ningún otro acto que revelara su poder divino; sino que vieron a un niño callado y tranquilo, confiado al cuidado de su madre.

En Él no aparecía ningún signo de su poder, sino que ofrecía a la vista un gran prodigio: su humildad. Así, la propia contemplación de este santo Niño, el Hijo de Dios, les presentaba a sus miradas una enseñanza que más tarde sería proclamada a sus oídos; y lo que aún no pronunciaba el sonido de su voz, el simple hecho de verlo ya hacía que Él lo enseñara.

Toda la victoria del Salvador, que subyugó al diablo y al mundo, comenzó con la humildad y fue consumada por la humildad. Empezó sus días predestinados en la persecución y los terminó en la persecución. Al Niño no le ha faltado el sufrimien-

to, ni al que había sido llamado a sufrir le ha faltado la dulzura de la infancia, pues el Unigénito de Dios ha aceptado, por la sola humillación de su majestad, nacer como hombre y ser muerto por los hombres.

Si, pues, por el privilegio de su humildad, Dios omnipotente hizo buena nuestra causa, tan perdida, y si destruyó la muerte y al autor de la muerte, sin rechazar todo lo que sus perseguidores le hicieron sufrir, sino que soportó con suprema mansedumbre y por obediencia a su Padre las crueldades de los que se ensañaban contra Él, ¡cuán humildes y pacientes no hemos de ser nosotros, puesto que si nos viene alguna prueba no la soportamos jamás sin haberla merecido!

Cristo ama la sincera y voluntaria humildad

«¿Quién se gloriará de tener un corazón casto y de estar limpio de pecado?» (Prov 20, 9) Y, como dice San Juan: «Si dijéramos que no tenemos pecado nos engañaríamos a nosotros mismos y la verdad no estaría con nosotros» (1 Jn 1, 8). Entonces, ¿quién se encontrará tan libre de faltas que la justicia nada tenga de qué reprocharle o la misericordia qué perdonarle?

Así que toda la práctica de la sabiduría cristiana, amadísimos, no consiste ni en la abundancia de palabras, ni en la capacidad de discutir, ni en el



Gustavo Kraji

La sabiduría cristiana no consiste ni en la abundancia de palabras, ni en la capacidad de discutir, sino en la sincera y voluntaria humildad

La adoración de los Magos, por Fra Angélico - Museo de la basílica de Santa María delle Grazie, San Giovanni Valdarno (Italia)

apetito de alabanza y gloria, sino en la sincera y voluntaria humildad que Nuestro Señor Jesucristo escogió y enseñó con verdadera fuerza, desde el seno de su Madre hasta el suplicio de la cruz.

Pues un día, cuando sus discípulos disputaban entre sí, como relata el evangelista, «¿quién es el mayor en el Reino de los Cielos?», Él llamó a un niño, lo puso en medio y dijo: «En verdad os digo que, si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Por tanto, el que se haga pequeño como este niño, ese es el más grande en el Reino de los Cielos» (Mt 18, 1-4).

Cristo ama la infancia, que Él mismo primeramente vivió en su alma y en su cuerpo. Cristo ama la infancia, maestra de humildad, modelo de inocencia, ejemplo de dulzura. Cristo ama la infancia, hacia ella orienta las costumbres de los mayores, hacia ella conduce a la ancianidad. Él atrae a su propio ejemplo a los que eleva al Reino eterno.

Semejantes a niños en la carencia del mal

Pero si queremos ser capaces de comprender perfectamente cómo es

posible llegar a una conversión tan admirable y mediante qué transformación hemos de volver al estado de niño, dejemos que San Pablo nos instruya y nos diga: «No seáis niños en vuestros pensamientos, antes bien, comportaos como niños en lo que toca a la maldad» (1 Cor 14, 20).

No se trata, por tanto, de volver a las diversiones de la infancia, ni a los tropiezos de los comienzos, sino tomar una cosa que conviene también a la madurez. A saber, que pasen pronto nuestras agitaciones interiores, que recuperemos rápidamente la paz; que no guardemos rencor por las ofensas recibidas ni codiciemos altos cargos; queramos estar juntos, unidos, y guardemos una igualdad conforme a la naturaleza.

En verdad, es un gran bien no saber causar daño ni tener gusto por el mal, porque inferir y devolver injuria es propio de la astucia de este mundo; por el contrario, no devolver mal por mal (cf. Rom 12, 17) es el espíritu de infancia, todo él lleno de ecuanimidad cristiana.

A esta semejanza con los niños nos invita, amadísimos, el misterio de la fiesta que hoy celebramos;

y esta es la forma de humildad que nos enseña el Salvador niño adorado por los Magos. Para mostrar qué gloria prepara a sus imitadores, consagró con el martirio a los niños que vinieron al mundo al mismo tiempo que Él; nacidos en Belén como Cristo, fueron asociados a Él por su edad y su holocausto.

Que los fieles amen, por tanto, la humildad y eviten todo orgullo, que cada cual prefiera a su prójimo a sí mismo y que «nadie busque su propio interés, sino el del otro» (1 Cor 10, 24), de suerte que, cuando todos estén llenos de sentimientos recíprocos de amor, el veneno de la envidia no se hallará en ninguna parte, «porque todo el que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido» (Lc 14, 11). Así lo atestigua Nuestro Señor Jesucristo, que, con el Padre y el Espíritu Santo, vive y reina por los siglos de los siglos. Amén. ✧

SAN LEÓN MAGNO.

Sermón VII

sobre la Epifanía del Señor:

SC 22, 276-283.



Francisco Lecaros

Predicación de San Juan Bautista - Iglesia de Saint-Malo, Dinan (Francia)

EVANGELIO

En aquel tiempo, ³⁵ estaba Juan con dos de sus discípulos y, ³⁶ fijándose en Jesús que pasaba, dice: «Este es el Cordero de Dios». ³⁷ Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. ³⁸ Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: «¿Qué buscáis?». Ellos le contes-

taron: «Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?». ³⁹ Él les dijo: «Venid y veréis». Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con Él aquel día; era como la hora décima.

⁴⁰ Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y si-

guieron a Jesús; ⁴¹ encuentra primero a su hermano Simón y le dice: «Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo)». ⁴² Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce: Pedro)» (Jn 1, 35-42).

¿Dónde vive Jesús?

A los discípulos que lo seguían deseosos de conocer su morada, el Señor les dirige afectuosas palabras: «Venid y veréis». También a nosotros nos hace ese llamamiento, ansioso por revelarnos sus más íntimos deseos y pensamientos.



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – LLAMADOS A SEGUIR MÁS DE CERCA AL SEÑOR

Tras concluir el ciclo navideño con la celebración del Bautismo del Señor, la Santa Iglesia nos abre las puertas del Tiempo Ordinario y nos invita en este segundo domingo a seguir a Jesús más de cerca, a convivir con Él, a modelar nuestro interior conforme al suyo.

La primera lectura (1 Sam 3, 3-10.19) nos enseña cómo responder correctamente a esa solicitud cuando describe el comienzo de la vocación de Samuel, llamado a ser profeta de Israel a la edad de 9 años. El versículo final recoge un bellissimo elogio sobre el niño, el cual, dispuesto a cumplir por entero la voluntad del Señor, «no dejó que se frustrara ninguna de sus palabras» (1 Sam 3, 19).

En la segunda lectura (1 Cor 6, 13-15.17-20), aún más constrictiva, profunda y llena de sustancia, San Pablo hace una seria advertencia con respecto a la responsabilidad que nos cabe en cuanto bautizados: hemos de conservar lejos del pecado no solamente nuestras almas, sino también nuestros cuerpos, pues éstos son «miembros de Cristo» y «templo del Espíritu Santo» (1 Cor 6, 15.19). Por lo tanto, conformar todos los aspectos de nuestra vida a los principios que nutren y rigen nuestras relaciones con Dios.

En este sentido, el Evangelio es muy claro, como se constatará más adelante. Al ver a Jesús pasando a lo lejos, San Juan Bautista proclama:

«Este es el Cordero de Dios». Con las palabras del Precursor, la voz de la gracia resuena en los corazones de Juan y Andrés, los cuales inmediatamente siguen al Salvador. «Maestro, ¿dónde vives?», le interrogan los dos discípulos. Y en esa pregunta, aparentemente tan simple, se encuentra la síntesis de la invitación que hoy la liturgia nos hace.

II – EL SEÑOR SE MANIFIESTA ANTE QUIEN LO BUSCA

San Juan Evangelista comienza la narración de la vida de Jesús con tres declaraciones de San Juan Bautista sobre el Mesías, hechas en días consecutivos ante diferentes tipos de público (cf. Jn 1, 19-36). En esos versículos se ve cómo el Discípulo Amado, que había tenido por maestro al Precursor, conocía la extraordinaria fuerza de su palabra.

El fragmento del cuarto Evangelio que contemplamos este domingo presenta la última de esas declaraciones y marca el inicio de la misión pública del Señor, que atrae hacia sí a los primeros discípulos.

En un auge de gracias místicas

En aquel tiempo, ³⁵ estaba Juan con dos de sus discípulos y, ³⁶ fijándose en Jesús que pasaba, dice: «Este es el Cordero de Dios».

Cuando las gracias místicas alcanzaron su punto culminante, fue cuando exclamó: ¡He ahí el Cordero de Dios!

*Eximio
apóstol y fiel
restituidor,
San Juan
Bautista
aprovecha la
ocasión para
transferir a
Jesús todo el
encanto que
Andrés y Juan
nutrían por él*

Esta escena la describe uno de los testigos: el propio apóstol San Juan, como admiten generalmente los comentaristas, que oculta su identidad bajo el velo de la humildad. Lo acompaña Andrés, hermano de Simón Pedro.

El Precursor se hallaba otra vez entre sus discípulos, al día siguiente de las declaraciones consignadas en versículos anteriores. Sin embargo, el efecto fulminante de la sintética frase de Juan el Bautista, descrita a continuación, hace suponer que desde hacía mucho tiempo venía preparándolos para el encuentro con el Mesías. Quizá incluso hasta les habría prometido señalarlo, cuando surgiera la oportunidad.

Probablemente ambos formaban parte de un núcleo de seguidores más admirativos, más ardorosos y más dispuestos, cuyas preguntas sobre el deseado de las naciones le habrían permitido al Precursor narrarles el comienzo de su misión en la visita de la Virgen a Santa Isabel, contarles las maravillas que conocía con respecto a Jesús, transmitirles las inspiraciones que la gracia soplabla en su interior.

Tales comunicaciones iban *in crescendo*, y aquel día Juan debió haber notado que se trataba de una situación especial creada por la Providencia. Sin duda, en el auge de la conversación, cuando las gracias místicas alcanzaron su punto culminante, fue cuando exclamó: ¡He ahí el Cordero de Dios!

Flexibilidad al llamamiento divino

³⁷ Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús.

En aquel mismo instante Andrés y Juan se despiden de su antiguo maestro y, aceptando la invitación de la gracia, siguen a Nuestro Señor. Eximio apóstol y fiel restituidor, San Juan Bautista aprovecha la ocasión para transferir a Jesús todo el encanto que ambos nutrían por él.



San Juan Bautista - Catedral de Notre Dame, París

No les mueve la mera curiosidad, sino la profunda acción del Espíritu Santo en sus almas, que los arrebató. Si la compañía y las enseñanzas del Precursor ya los colmaba de arrobamiento y entusiasmo, ¿cómo resistirse a la acción ejercida por el Varón del cual había venido a dar testimonio y de quien no se consideraba digno de desatarle la correa de las sandalias (cf. Jn 1, 27)?

Aquí tenemos un impresionante ejemplo de cómo debemos ser flexibles al llamamiento que la gracia cotidianamente hace en nuestros corazones para seguir al Cordero Divino.

Un encuentro preparado desde toda la eternidad

^{38a} Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: «¿Qué buscáis?».

Al principio, los dos lo acompañaban de lejos; después aprietan el paso a fin de acercarse. Al percibir su presencia, el Señor se vuelve hacia ellos y les dirige la palabra. Es la primera vez que la voz del Redentor se hace oír en el Evangelio de San Juan.

«¿Qué buscáis?», les pregunta. Más que obtener una respuesta, que en cuanto Dios ya conocía, Jesús deseaba darles a aquellos discípulos la oportunidad de estrechar lazos con Él y, sobre todo, de explicitar a sí mismos, con claridad, lo que andaban procurando.

Cabe recordar que tal escena no fue fruto de la casualidad. Desde toda la eternidad el Verbo Divino había elegido a Juan y a Andrés e ideado las circunstancias en las cuales se daría aquel encuentro. Y lo mismo ocurre con nosotros. Con cariño eterno el Señor nos eligió y en incontables ocasiones de nuestras vidas toma la iniciativa de hablar en nuestro interior. Para que eso suceda, pone únicamente una condición: que le abramos el alma a su gracia.

El lugar donde habita el Maestro

^{38b} Ellos le contestaron: «Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?».

Al llamarlo «Rabí», San Juan y San Andrés manifiestan el deseo de ser sus discípulos, aprender su doctrina, seguir su escuela espiritual. Y ese anhelo es corroborado por la pregunta: «¿Dónde vives?».

En efecto, ¿los dos sólo deseaban conocer el lugar donde vivía Jesús? Parece poco probable, pues más tarde él mismo declararía: «Las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (Mt 8, 20). En realidad, ambos anhelaban visitar muchas veces al divino Maestro y estar en su compañía, porque en aquel tiempo el aprendizaje se daba, sobre todo, en la convivencia.

No obstante, el interrogante «¿dónde vives?» presenta también un sentido místico profundo, relacionado con otra afirmación del Señor: «Donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón» (Lc 12, 34). Habitamos donde depositamos nuestra atención, nuestra admiración, nuestros intereses.

De modo que la pregunta de los dos discípulos podría formularse así: «Maestro, ¿en qué altura están tus cogitaciones, por cuáles sendas caminan tus deseos, en qué sitio se encuentra tu espíritu, dónde descansa tu alma? ¡Eso es lo que anhelamos saber!».

Por ser el Verbo Encarnado, sólo podría morar en los más elevados lugares celestiales... Su alma, creada en la visión beatífica e hipostáticamente unida a la divinidad, jamás abandonó esa sublime perspectiva, incluso en los momentos en que el Hombre Dios contemplaba los lirios del campo, se entretenía con un niño o dormía en la barca.

El premio reservado a los que buscan

³⁹ Él les dijo: «Venid y veréis». Entonces

fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con Él aquel día; era como la hora décima.

El Señor no les indica la localización de una morada física, sino que les invita a convivir con Él. Si San Juan Bautista había venido a allanar los caminos, rebajar las colinas y elevar los valles (cf. Lc 3, 4-5), a fin de llevar a las almas hasta el Mesías, le correspondía ahora a éste continuar el trabajo del Precursor, revelándoles a aquellos discípulos sus objetivos, sus métodos, su pensamiento, su mentalidad.

El evangelista hace hincapié de subrayar un detalle: «era como la hora décima», según el cómputo del tiempo usado por los judíos de esa época. Y dicho número en la Sagrada Escritura simboliza plenitud. Por lo tanto, en los relojes de la Providencia había sonado la hora de una manifestación completa, una auténtica epifanía del Salvador de Israel.

Conforme las costumbres vigentes por entonces, es probable que los venturosos discípulos permanecieran esa noche con Jesús, pues en ese momento faltaba poco para el atardecer. En un ambiente distendido e íntimo, deben de haber acibillado a preguntas a su anfitrión. El Señor respondería a todo; y mientras los instruía por medio del lenguaje humano, a través de la acción divina les trabajaba el alma con gracias nuevas, para que se interesaran cada vez más por los temas tratados.

La materia transmitida por el Maestro era incomparablemente más elevada, atrayente y profunda que la que aprendieron con San Juan Bautista. Ambos estaban extasiados con los panoramas que les desvelaba. Pero especialmente les impresionaba la persona de Nuestro Señor Jesucristo, sus gestos, su mirada. Aunque todavía no discernieran su divinidad, se trataba de un hombre tan extraordinario, tan distinto a los demás que conocían, tan pene-

San Juan y San Andrés manifiestan el deseo de ser sus discípulos, aprender su doctrina, seguir su escuela espiritual



La vocación de San Pedro y San Andrés - Iglesia de San Pedro, Burdeos (Francia)

*Por su
naturaleza
cristiana, el
alma humana
vuela en
seguimiento
del Señor, pues
fue creada
para Él*

trado por la gracia, que los dos, sin duda, concluyeron: «Hemos encontrado al Mesías». Quizá le habrían hecho al respecto una pregunta categórica a Jesús, el cual jamás los despediría sin una respuesta clara, que los robusteció en la fe.

Infelizmente las páginas de la Historia no registraron el contenido de aquella bendecida conversación... Lo cierto es que, al salir de allí, San Andrés se apresuró en transmitir la buena nueva a su hermano.

Quien descubre donde habita Jesús, desea llevar a otros hasta Él

⁴⁰ Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; ⁴¹ encuentra primero a su hermano Simón y le dice: «Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo)».

San Juan y San Andrés podrían haberse guardado para sí el gran descubrimiento. Sin embargo, al ser el bien eminentemente expansivo,¹ la prueba de que alguien encontró al Señor es el empeño que manifiesta en hacer apostolado con los otros, con el fin de salvarlos.

Así debemos actuar nosotros: cuando descubrimos donde «vive» Jesús en un determinado aspecto de su doctrina, mentalidad o modo de ser, procuremos rápidamente llevar a quienes nos son cercanos a seguir el mismo camino y, de esta forma, convivir con Él.

⁴² Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce: Pedro)».

Nuevamente llama la atención que una simple frase haya movido a San Pedro a buscar al Maestro, como ocurrió con San Juan y San Andrés, sin poner ninguna objeción. Más aún tratándose del primer Papa, que se mostraría tan inquiridor y renitente en otras circunstancias (cf. Mt 16, 22; 18, 21; Mc 14, 29-31; Jn 13, 6-9). La prontitud con que atiende al llamamiento de su hermano permite suponer que ya esperaba la prometedora noticia sobre el Mesías.

Las familias eran numerosas en aquel tiempo y había mucha probabilidad de que Andrés tuviera otros hermanos. Por consiguiente, el hecho de que fuera a buscar a Simón no se debe únicamente a que la caridad empieza por casa... El futuro Príncipe de los Apóstoles también había sido formado por San Juan Bautista y, sabiendo que el Redentor prometido ya había aparecido en Israel (cf. Jn 1, 26), aguardaba con ansiedad el momento de encontrarse con Él.

Tal vez aquellos tres discípulos habían hecho, incluso, el pacto de comunicar inmediatamente a los otros quién era el Mesías, tan pronto como alguno de ellos lo descubriera. De esta manera, la sucinta afirmación de San Andrés tan sólo venía



Colegio Apostólico - Pórtico del monasterio de Santa María de Montserrat (España)

a poner fin a una cuestión alimentada en largas conversaciones.

III – ¿DÓNDE VIVE JESÚS HOY?

“*O testimonium animæ naturaliter christianæ*”², exclama con razón Tertuliano. Por su naturaleza cristiana, el alma humana vuela en seguimiento del Señor, pues fue creada para Él. Hay en el corazón del hombre una percepción sobrenatural que, ante las circunstancias más diversas, le permite afirmar: «Jesús vive aquí». Se trata, por tanto, de ser fiel a esa inconfundible marca de cristianismo grabada en nosotros y, así, hacerla cada vez más robusta.

Pero hay algo más. Nosotros, hijos de la Santa Iglesia, tenemos la gracia extraordinaria de descubrir con seguridad dónde vive Jesús. ¿Cómo? Oigamos las palabras llenas de unción del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, varón que marcó indeleblemente el siglo XX con su fe:

«En sus instituciones, en su doctrina, en sus leyes, en su unidad, en su universalidad, en su insuperable catolicidad, la Iglesia es un verdadero espejo en el cual se refleja nuestro divino Salvador. Más aún, ella es el propio Cuerpo Místico de Cristo. Y nosotros, todos nosotros, tenemos la gracia de pertenecer a la Iglesia, ¡de ser piedras vivas de la Iglesia! ¡Cómo hemos de agradecer ese favor!».³

Sí, en la única y verdadera Iglesia de Cristo, infalible en su moral, inmutable en sus dogmas, ejemplar en sus santos, íntegra en su oposición al «príncipe de este mundo» (Jn 16, 11), conocemos

la mentalidad de Nuestro Señor Jesucristo, sus palabras, sus deseos, sus sentimientos.

Aceptemos, pues, la invitación que Él nos hace —«Venid y veréis». Busquémosle donde, de hecho, se encuentra. Para eso basta que imitemos la prontitud de Juan y de Andrés y nos abramos enteramente a la influencia de la Santa Iglesia.

En este sentido, continúa el Dr. Plinio:

«No nos olvidemos, sin embargo, de que “*noblesse oblige*”.⁴ Pertener a la Iglesia es cosa muy alta y muy ardua. Debemos pensar como la Iglesia piensa, sentir como la Iglesia siente, actuar como la Iglesia quiere que procedamos en todas las circunstancias de nuestra vida. Esto supone un sentido católico real, una pureza de costumbres auténtica y completa, una piedad profunda y sincera. En otros términos, supone el sacrificio de una existencia entera. ¿Y cuál es el premio? “*Christianus alter Christus*”.⁵ Yo seré de modo eximio una reproducción del propio Cristo. La semejanza de Cristo se imprimirá, viva y sagrada, en mi propia alma».⁶



Plinio Corrêa de Oliveira en 1993

De hecho, Jesús hace su morada en aquellos que se empeñan en descubrir dónde habita Él. Así, al concluir estas líneas, dirijámonos a nuestro Redentor y manifestémosle nuestro deseo de seguirlo:

«“Rabí, ¿dónde vives?”», te preguntaron Andrés y Juan. Y les respondiste: “Venid y veréis”. Hoy el mundo no desea saber dónde habitas y, si lo supiera, tal vez promoviera su destrucción. En reparación, Señor, quiero invitarte a morar conmigo. ¡Ven, Señor, y permanece en mí! ¡Mi corazón es enteramente tuyo, entra y toma cuenta de él!». ✧

«Debemos pensar como la Iglesia piensa, sentir como la Iglesia siente, actuar como la Iglesia quiere que procedamos»

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 5, a. 4, ad 2.

² TERTULIANO. *Apologéticum*, c. XVII: PL 1, 377. Del latín: «¡Oh testi-

monio del alma naturalmente cristiana!».

³ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. Via-Sacra. VI Estação. In: *Catolicismo*. Campos dos Goyta-

cazes. Año I. N.º 3 (mar, 1951); p. 4.

⁴ Del francés, literalmente: «Nobleza obliga». Expresión usada para indicar que cada cual ha de comportarse de acorde a su

posición o a la reputación que se ha granjeado.

⁵ Del latín: «El cristiano es otro Cristo».

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, op. cit., pp. 4-5.

Esperaba de ellos justicia,

En uno de los textos más conmovedores de la literatura profética, Isaías muestra la ingratitud del pueblo elegido ante los beneficios recibidos de Dios, situación que no pierde actualidad, pues puede darse con cualquiera de nosotros.

El libro de Isaías es el más grande de los escritos proféticos del Antiguo Testamento. Sus sesenta y seis capítulos ricos en contenido teológico y espiritual hacen de él una verdadera obra catequética. En medio a tanta riqueza puede pasar inadvertido un pequeño pasaje que, sin embargo, constituye una magnífica lección sobre el amor de Dios a sus criaturas, de las cuales espera una retribución. Se trata del *canto a la viña* (cf. Is 5, 1-7).

Escrito muy probablemente al inicio de la actividad de Isaías, ese canto —también conocido como el *poema de la viña*— forma parte del bloque literario compuesto por vaticinios dirigidos a Israel (cf. Is 1-12). En esa sección están un conjunto de oráculos conminatorios y salvíficos entrelazados (1-5), el relato de la vocación de Isaías (6) y el *Libro del Emmanuel* (7-12), en el cual predominan los textos mesiánicos. Es decir, se alternan amenazas y promesas.

Este poema o canto puede ser contemplado desde dos perspectivas distintas: la teológica y la psicológica. La primera, por una interpretación de la historia de las relaciones entre Dios y su pueblo, una relación de Padre e hijo; la segunda, en la ins-

tigación de un juicio de los israelitas sobre ellos mismos, debido a su mala conducta.

El canto a la viña manifiesta el desvelo de Dios para con Israel, del cual esperaba recoger buenos frutos, pero del que sólo obtuvo disgustos. Es la experiencia amarga del viñador dedicado que trabajó en vano; pero, sobre todo, es el fracaso de las relaciones entre Dios y su pueblo, de un amor no correspondido. A pesar de todas las atenciones del Señor con la nación elegida, ésta no le dio más que ingratitud. ¿Qué hará con esa «viña»?

El profeta y su época

La mayoría de los comentaristas concuerda en señalar el año 760 como

fecha aproximada del nacimiento de Isaías. Sus indicaciones precisas sobre Jerusalén dan a entender que nació en la capital del reino de Judá. Estaba casado y tenía dos hijos, a los cuales les dio nombres simbólicos (cf. Is 7, 3; 8, 3).

Este gran profeta ejerció su ministerio durante cuarenta años (740-700). El comienzo de su actividad coincide con un período de prosperidad dejada por el fallecido rey Ozías (781-740), como resultado de sus victorias militares al este y oeste de Israel. No obstante, ese bienestar ocultaba una realidad socio-religiosa cada vez más decadente, la cual Isaías no dejó de censurar.

Mas adelante, ya en el reinado de Ajaz (736-727), se agravó la situación. Este monarca introdujo en Judá el culto pagano con el fin de agradar al rey asirio, de quien había recibido ayuda militar para enfrentar una amenaza por parte de Siria y del Reino del Norte de Israel.

Con el deseo de rebelarse contra la influencia asiria en la región, esos dos estados le pidieron a Ajaz que se uniera a ellos. Ante su negativa le declararon la guerra y amenazaban destruirlo. En esta peligrosa coyuntura, Ajaz le pidió ayuda al propio rey asirio, contrariando los consejos de

*El canto a la viña
manifiesta el desvelo
de Dios para con
Israel, del cual espe-
raba recoger buenos
frutos, pero del que
sólo obtuvo disgustos*

pero sólo hay iniquidad

Diác. Alejandro Javier de Saint Amant, EP



Isaías, que le prometía una intervención divina. Tiglath-Pileser III, soberano de aquel imperio, avanzó sobre la región del Levante mediterráneo y acabó con la rebelión. Como consecuencia, Judá quedó dependiendo de Asiria, con todo lo que eso significaba en el terreno religioso.

Con Ezequías (727-687), hijo y sucesor de Ajaz, la situación mejoró inicialmente. Ese piadoso rey hizo todo lo posible por limpiar Jerusalén de los desvíos religiosos introducidos por su padre. En sus primeros años de reinado se mantuvo sometido al soberano asirio. Sin embargo, en torno al año 705, cuando hubo un cambio de gobierno en aquel país, se rebeló.

Jerusalén fue rodeada por las tropas mesopotámicas, pero, gracias a la ayuda del Cielo, el ejército sitiador se vio obligado a batirse en retirada (cf. 2 Re 18-19). Poco tiempo después Isaías salió de escena.

Teología de Isaías

Al ser muy difícil, dada su riqueza, resumir en pocos conceptos la teología de Isaías, destacaremos aquí tan sólo algunos aspectos más importantes.

La raíz de su pensamiento consiste, sin duda, en la santidad divina. El libro gira alrededor de esa idea. Dios es

el Santo de Israel, un ser todo revestido de majestad, sentado en su trono como Rey del universo. Es el Juez de las naciones, particularmente del pueblo elegido, con el cual posee una relación especial. Yahvé tiene un designio sobre el mundo; la historia humana avanza hacia una etapa decisiva de la salvación. Rebelarse contra el plan histórico de Dios constituye una gran ofensa.

Isaías resalta también la expectativa de la llegada del Redentor. La figura del Mesías representa la plenitud del tiempo, con todo lo que ello implica de bienestar espiritual y material. Será la solu-

Yahvé tiene un designio sobre el mundo; la historia humana avanza hacia una etapa decisiva de la salvación



El profeta Isaías - Pedestal del Monumento de la Inmaculada, Roma

ción de todos los problemas del género humano; transformará la sociedad en un reino de justicia y equidad. El día de Yahvé —tema ya tratado por Amós— es para Isaías un día de juicio purificador, en el cual serán humillados los orgullosos y castigados los pecadores. No obstante, se salvará de la catástrofe un resto que será la semilla de la futura sociedad teocrática.

Símbolo del amor de Dios por los hombres

El poema de la viña es una de las mejores piezas literarias de Isaías.



Prenuncia la parábola de los viñadores homicidas compuesta por Jesús (cf. Mt 21, 33-46), aunque dándole otro enfoque doctrinario. Para despertar la imaginación de sus oyentes, el profeta se presenta como un trovador que canta las relaciones entre Dios e Israel, pese a que no lo diga expresamente al comienzo.

«Voy a cantar a mi amigo el canto de mi amado por su viña. Mi amigo tenía una viña en un fértil collado» (5, 1).

El canto trata sobre alguien que plantó en buen terreno una viña por él amada. De igual modo podríamos decir que el ser humano es la viña plantada por Dios en la tierra, la cual se volvió objeto de su amor. Entrecavó la tierra, quitó las piedras y plantó cepas selectas. En el centro construyó una torre y cavó un lagar. Esperaba que diera buenas uvas, pero sólo produjo uvas silvestres (cf. Is 5, 2).

Con gran delicadeza el profeta se hace eco de la decepción de su amigo al constatar que, a pesar de haber tenido el cuidado de que su viña diera buenos frutos, el resultado fue lo contrario. En hebreo, *sôrēq* —קֶרֶשׁ— significa una vid selecta, de calidad especial (cf. Gén 49, 11; Jer 2, 21). O sea, el dueño de la viña utilizó lo mejor, puso el terreno en perfectas condiciones y edificó una torre de vigilancia contra posibles incursiones enemigas. Pero no obtuvo lo que deseaba.

De la misma manera, Dios le dio al ser humano todas las condiciones para que viviera feliz; creó el universo para que estuviera al servicio del hombre. Esperaba así ser reverenciado y

adorado por él, pero la Historia nos muestra que el Señor es ofendido y mal correspondido en todo momento. El amor del viñador por su viña simboliza el amor de Dios por sus criaturas, de las cuales espera retribución. Pero no una retribución meramente simbólica: es necesario que se traduzca en actitudes, en el comportamiento con Dios y sus semejantes. «Esto nos dice que no se trata exclusivamente de un amor de sentimiento, sino de obras, y que la respuesta también ha de ser obras»¹.

Un terreno sin cuidados está destinado al fracaso, lo mismo que el alma sin el auxilio de la gracia



Familia campesina, por Francesco Londonio
Museo Nacional del Hermitage,
San Petersburgo (Rusia)

¿Cómo le retribuimos al Señor el don de la vida?

«Ahora, habitantes de Jerusalén, hombres de Judá, por favor, sed jueces entre mí y mi viña. ¿Qué más podía hacer yo por mi viña que no hubiera hecho? ¿Por qué, cuando yo esperaba que diera uvas, dio agradones?» (5, 3-4).

Isaías interrumpe la continuidad del canto para invitar al pueblo a desempeñar el papel de jurado en un pleito entre el viñador y su viña; desea que haya una participación colectiva, que todos sean testigos de todo lo que él hizo por su viña. El viñador se dedicó por completo, es justo que pida una retribución. Quien recibe, también debe dar, porque amor con amor se paga.

La retribución reclamada por Dios para sí no es, sin embargo, exclusiva; Él quiere que el hombre ejerza la caridad con los demás, que practique obras de justicia con el prójimo. Un autor contemporáneo llega a afirmar: «El objeto del verbo “esperar” no es algo que haga referencia a Dios. Como respuesta, no quiere un amor que se dirija a Él, sino a los seres humanos, a los más pobres, a los más necesitados»².

Infelizmente, el resultado consiste casi siempre en agradones; por eso vemos tantas guerras, odio, persecuciones, actos inhumanos, etc. ¿Así es como le retribuimos al Señor el don de la vida?

Es insensato vivir como si Dios no existiera

«Pues os hago saber lo que haré con mi viña: quitar su valla y que sirva de leña, derruir su tapia y que sea pisoteada. La convertiré en un erial: no la podarán ni la

escardarán, allí crecerán zarzas y cardos, prohibiré a las nubes que lluevan sobre ella» (5, 5-6).

El resultado de la esterilidad es el castigo, como le ocurrió al siervo que no se esforzó en hacer que rindiera el talento recibido de su señor (cf. Mt 25, 14-30). Por eso la viña se quedará sin protección y será pisoteada. Un terreno sin cuidados está destinado al fracaso, lo mismo que el alma sin el auxilio de la gracia. Nadie está interesado en un campo que produce hierba silvestre. Cuando el hombre no colabora con el plan de Dios, su vida pierde valor.

Muchas veces el Señor espera el arrepentimiento de quien anda mal y, de un modo u otro, le envía «signos» para que se dé cuenta de su error, pero todo tiene un límite. «Negar la lluvia a los campos es el gesto último de Dios a su pueblo para llamarlo a conversión»³.

No se puede abusar de la bondad divina; vivir como si Dios no existiera es una insensatez. Huir de la propia responsabilidad acarrea consecuencias. Por el contrario, cumplir el deber es garantizar protección para sí: «Si la viña hubiera respondido a las intenciones del amado, ninguna mano la hubiese tocado. Los obedientes son intocables»⁴.

Los testigos se convierten en reos

«La viña del Señor del universo es la casa de Israel y los hombres de Judá su plantel preferido. Esperaba de ellos derecho, y ahí tenéis: sangre derramada; esperaba justicia, y ahí tenéis: lamentos» (5, 7).

Si restara alguna duda, el profeta hace una dura aplicación: aquellos que eran testigos de un juicio se convierten en reos.



Santiago y San Pedro – Catedral de Cristo Rey, Hamilton (Canadá)

«Si la viña hubiera respondido a las intenciones del amado, ninguna mano la hubiese tocado. Los obedientes son intocables»

¡Cuántas veces Yahvé fue pródigo con ellos! Como nación escogida, tenía Israel el deber de ser santa, de ser modelo para los demás pueblos. Dios no dejó de enviarles profetas para que transmitieran su voluntad. Siempre que pedían ayuda Él escuchaba sus gemidos y los socorría.

¿De qué sirvió todo ese esfuerzo? Con un lenguaje magistral, Isaías reproduce comparaciones rítmicas: *mišpāt / mišpāh... šedāqā / še'āqā* (derecho / sangre derramada... justicia / lamentos). El pueblo le dio al Señor lo contrario de lo que Él esperaba; fue rebelde e injusto.

¿Qué quiere el Señor de nosotros?

Por medio del canto a la viña Dios acusaba a su pueblo de ser ingrato con aquel que le había otorgado tantos beneficios a lo largo de su historia, por no retribuirle según correspondía todo lo que había recibido como demostración de su amor.

Ahora actualicemos el problema.

El Señor da a todo ser humano las gracias necesarias para que actúe rectamente y se santifique, para que lo adore y lo sirva. ¿Cómo correspondemos a tantos favores recibidos? La restitución es una virtud difícil de practicar. Muchas veces pensamos que los éxitos alcanzados en nuestra vida son fruto de nuestras cualidades, de nuestro esfuerzo personal. Raramente reconocemos que todo viene de Dios.

¿Qué quiere el Señor de nosotros? Hemos sido creados con una intención; nadie está en este mundo sin una finalidad. Si queremos gozar de la eterna bienaventuranza no podemos hacer oídos sordos a la voz de Dios; debemos vivir de acuerdo con las obligaciones de todo bautizado. Por lo tanto, no nos convirtamos en una viña estéril, sino que produzcamos frutos de justicia. ✧

¹ ALONSO SCHÖKEL, SJ, Luis; SICRE DÍAZ, SJ, José Luis. *Profetas. Isaías, Jeremías*. 2.ª ed. Madrid: Cristiandad, 1987, v. I, p. 133.

² MARCONCINI, Benito. *Guía espiritual del Antiguo Testamento. El libro de Isaías (1-39)*. Barcelona-Madrid: Herder; Ciudad Nueva, 1995, p. 84.

³ JIMÉNEZ HERNÁNDEZ, Emiliano. *Isaías: el profeta de la consolación*. Madrid: Caparrós, 2007, p. 34.

⁴ MOTYER, J. Alec. *Isaías*. Barcelona: Andamio, 2005, p. 93.

Del lejano Oriente...

Durante las largas noches de viaje, los Reyes Magos fueron siendo preparados por la gracia para estar con Jesús. En ellos estaba encendido el fulgor de la fe, que ya no ardía en Jerusalén.



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Mientras la Sagrada Familia regresaba a Belén después de la Presentación del Niño Jesús en el Templo de Jerusalén, una caravana de ilustres personajes, a muchos kilómetros de Judea, también viajaba hacia la Ciudad de David.

Desde el lejano Oriente, unos magos, con su imponente séquito, seguían a una misteriosa estrella, cuyo surgimiento habían contemplado en una noche oscura y de cielo descubierto. Iban en busca del Rey de los judíos que había nacido y traía la salvación al mundo entero (cf. Mt 2, 1-2).

Fría acogida en la Ciudad Santa

Al llegar a Jerusalén preguntaron inocentemente dónde estaba el monarca que acababa de nacer. Contrariamente a lo que se podría pensar, Herodes y toda Jerusalén se turbaron con la noticia divulgada por aquella caravana tan noble y prestigiosa (cf. Mt 2, 3).

La opinión pública de la capital reaccionó con desconfianza y sospecha: ¿Cómo pudo haber nacido el Salvador sin que ellos lo supieran? El interrogante no era menor para los Magos: ¿No debía alegrarse por el advenimiento del Mesías el pueblo elegido por Dios para recibirlo e introducirlo en el mundo?

Herodes, disfrazando su odio, llamó a los Magos en secreto para informarse en detalle sobre el surgimiento de tal astro (cf. Mt 2, 7). Como ignoraban sus pésimas intenciones, le contaron con entusiasmo las profecías que conocían sobre el futuro rey y cómo había despuntado su estrella en el firmamento, una clara señal del cumplimiento de las predicciones.

Después de consultar a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas los envió a Belén, ciudad anunciada por Miqueas como cuna del Mesías (cf. Miq 5, 1). Y además les pidió que volvieran otra vez a verle para que le dieran indicaciones precisas sobre el niño, porque, según decía, también quería ir a adorarlo... (cf. Mt 2, 8).

Sorprendidos con la fría acogida del pueblo de Jerusalén, los reyes se pusieron en camino hacia la Ciudad de David, con cierta perplejidad. Sin embargo, nada más comenzaron la marcha, vieron nuevamente la estrella que había refulgido en Oriente. Sus corazones se llenaron de profunda alegría: ella no les había mentido, ¡estaba allí para guiarlos!

En una pobre habitación, brilla la gala más sublime de la Historia

Era una noche bellísima, que parecía presagiar uno de los amaneceres más grandiosos de la Historia. Los Magos notaron que el lumino-

so astro avanzaba hacia una región situada al sur de Belén. Lo siguieron hasta que, en medio de una pradera, avistaron una vivienda pobre, pero digna; sobre ella se detuvo la estrella.

En realidad, era un ángel del Señor¹ que, bajo la forma de luz, los condujo hasta la casa donde aún estaba instalada la Sagrada Familia.² De este modo, viajando de Jerusalén a Belén en una noche fría y estrellada, descubrieron con toda facilidad el discreto lugar que albergaba al niño.

Tomados por la gracia, los Magos se bajaron de sus camellos y saludaron a San José, que los esperaba a la entrada, con la deferencia debida al más digno de los príncipes. Le pidieron permiso para entrar en la habitación con todos los honores.

Tras su consentimiento, revistieron con suntuosos mantos sus magníficos ropajes, los mejores que poseían, extendieron alfombras de hermosísimos colores y formas, prepararon incensarios y organizaron un solemne cortejo. «Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron; después, abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra» (Mt 2, 11).

La piadosa actitud de los Magos indica adecuadamente la fe y la rectitud que los movía. Habían llegado a Belén, después de largas jorna-



Entraron en la casa con toda solemnidad y adoraron a aquella frágil criatura

La adoración de los Reyes Magos, por Gentile da Fabriano – Galería Uffizi, Florencia

das bajo el sol abrasador del Oriente Próximo, en busca del Rey más glorioso de todos los tiempos y lo encontraron en una habitación pobre. No obstante, en ningún momento experimentaron el más mínimo movimiento de decepción.

Al contrario, entran en la casa con toda solemnidad y adoran a aquella frágil criatura que, sin embargo, dejaba trasparecer en la expresión de su rostro y en su mirada el resplandor de su divinidad. En aquella noche brilló la gala más sublime de toda la Historia, nunca superada por las exquisitas cortes cristianas que florecerían después.

¡Un bebé Dios, todopoderoso!

Los Magos permanecieron cierto tiempo inclinados, tocando el suelo con la frente y llenos de temor reverencial. Nuestra Señora los saludó con tal bondad y dulzura que se acercaron a Ella y al Niño arrebatados de

admiración, júbilo y fervor. Ésta fue la insuperable recompensa por su fidelidad. Una gracia interior penetró en sus corazones y les mostró que aquel pequeño era Dios... ¡Qué paradoja! ¡Un bebé Dios, todopoderoso!

Con los ojos bañados en lágrimas, yendo más allá de lo que veían en aquel cuerpo infantil, entraron en contacto espiritual con el propio Verbo. Para completar el *cadre*, junto a Él estaban María y José, como transfigurados, a semejanza de dos serafines extendiendo sus alas sobre aquella escena magnífica.

Los corazones de los Magos habían sido trabajados por la gracia a partir del instante en que decidieron permanecer en vigilia a la espera del surgimiento de la estrella. Sobre todo, a ruegos de la Sagrada Familia, se les fue comunicando un sentido profético y sobrenatural que los fue preparando durante las largas noches de viaje, para estar con Jesús.

El Espíritu Santo les presentaba a aquellas almas, dóciles a su voz, la visión de un ideal nuevo, hecho de abnegación, de espíritu de pobreza y de dulzura, contrario a la mentalidad mundana de los antiguos tiempos, que despreciaba la pobreza como signo de inferioridad. Así predispuestos, al encontrarse con aquella simplicidad manifestaron su adoración exuberante, espontánea y radiante. En ellos relucía con fulgor la fe, que ya no ardía en Jerusalén, donde Herodes y los judíos yacían en las tinieblas del egoísmo y del pecado.

Después de unos días de bendicidísima convivencia, los

Magos volvieron a su tierra con los corazones repletos de alegría intensa, luminosa y noble. No obstante, teniendo en vista la envidia de los malos, un ángel del Señor les advirtió en sueños que regresaran sin pasar por Jerusalén (cf. Mt 2, 12).

Los Magos obedecieron con total prontitud a la voz del ángel, porque ya habían discernido en el rápido trato con Herodes su espíritu falaz y tiránico, capaz de toda clase de violencia para conservar un trono que había conquistado injustamente.

La marcha de los Magos cierra un capítulo en la vida de la Sagrada Familia; un capítulo lleno de alegría por el nacimiento del Niño y por las más variadas manifestaciones de reverencia y adoración hacia Él. ✧

*Extraído, con adaptaciones, de:
«San José: ¿Quién lo conoce?...»
Madrid: Heraldos del Evangelio,
2017, pp. 256-263.*

¹ San Juan Crisóstomo afirma que se trataba «de una fuerza invisible que tomó la apariencia de estrella. Lo que se prueba, ante todo, por la marcha que siguió» (SAN JUAN CRISÓSTOMO. Homilías so-

bre el Evangelio de San Mateo. Hom. VI, n.º 2. In: *Obras*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 2007, t. I, p. 106). San Ignacio de Antioquía observa: «Su luz era inexplicable y su novedad produjo extrañeza; todos los

demás astros junto con el sol y la luna hicieron coro al astro, el cual estaba proyectando su luz sobre todos» (SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA. Carta a los Efesios, c. XIX, n.º 2. In: BERLANGA LÓPEZ,

José María. *Padres Apostólicos*. Sevilla: Apostolado Mariano, 2004, v. II, p. 16).

² Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. III, q. 36, a. 7.



Admiración y afecto de la Virgen Madre

Al contemplar al Niño Jesús, Nuestra Señora tenía por Él un afecto lleno de admiración; primeramente, considerándolo como Dios y secundariamente en su fragilidad humana.



Plinio Corrêa de Oliveira

Al meditar sobre la relación de María Santísima con su divino Hijo aún niño, vamos a considerar la adoración de la criatura para con su Dios y Creador y, al mismo tiempo, el afecto de aquella Madre celestial para con su Hijo único e incomparable.

La admiración es el fundamento del amor

Como modelo de humildad, Nuestra Señora no se acerca al Niño Jesús sin antes haberle manifestado todo el respeto y toda la admiración que merecía. Sabiendo que su Hijo era, en cuanto criatura, la clave de bóveda de la Creación no podía dejar de colocarse en esa posición humilde ante el Salvador.

La más alta de las criaturas está tan ínfimamente por debajo del Creador que le puede hablar a Nuestro Señor como si fuera la última. Por ejemplo, si alguien pensara que está más cerca del Sol porque mide diez centímetros más que el promedio de las

personas nos reiríamos, pues la distancia entre la Tierra y el Sol es tal que cabe preguntarse: ¿qué son diez centímetros en comparación con ella?

Puesto que Dios es infinito, incluso la inmensa distancia que separa a Nuestra Señora de todos nosotros resulta pequeña cuando es comparada con la que la separa a Ella de Nuestro Señor.

Es comprensible, por tanto, la serie de actos de humildad que Ella hacía en presencia del Niño Jesús y que no estaban basados en consideraciones egocéntricas, sino teocéntricas. Nuestra Señora no decía «soy la última de las criaturas», sino que tenía en vista, más que su propia dependencia, la grandeza infinita de Dios. Por eso sus manifestaciones de afecto comenzaban con actos de admiración.

En esto hay una ordenación lógica que merece un rápido comentario. Cuando queremos muchísimo a alguien, hemos de empezar por admirarlo. Porque la admiración es el fundamento del amor verdadero.

La Santísima Virgen tenía ante sí a aquel que, en cuanto hombre, era la más admirable de todas las criaturas; y en cuanto Hombre Dios, hipostáti-

La Virgen Blanca, Escuela de Ibarra (Ecuador) - Casa Turrís Eburnea, Caieiras (Brasil)

João Paulo Rodrigues

camente unido a la segunda Persona de la Santísima Trinidad, estaba infinitamente por encima de todo. No hay palabras para expresar la admiración que eso merece, ni para expresar suficientemente el amor así despertado, pues este fluye de la admiración.

Contemplar en el frágil Niño la infinita grandeza de Dios

Evidentemente, las razones que María Santísima tenía para amar a su Hijo recién nacido estaban muy por encima del hecho de que fuera bello y gracioso. Consideraciones así tienen su legítimo papel, pero no es lo principal. Mucha gente imagina que Nuestra Señora miró al Niño Jesús y dijo: «¡Qué muñequito tan lindo!». Algo que no estaría absolutamente a la altura de las circunstancias.

La Madre de Dios conocía, por revelación divina, hecha directamente a Ella, que el Hijo engendrado en Ella era la segunda Persona de la Santísima Trinidad. Por eso su asombro al contemplarlo por primera vez fue: «Tan flaquito, tan pequeñito, sin embargo, es Dios, en su infinita grandeza y en su admirabilidad inconmensurable. ¡Dios está ahí!».

Su pensamiento subió hasta el Altísimo, considerando lo que Él tiene de grandioso, y después se volvió hacia el Niño. Pudo así medir la distancia que hay entre uno y otro, la profundidad de unión hipostática y la gloria que esa unión hace fluir a torrentes sobre aquel Niño. Sólo después lo analizó con afecto de madre y vio en su mirada el sol de Dios que se reflejaba en Él. Fue entonces cuando entró la ternura materna por su Hijo, tan pequeñito.

Admiración y afecto: dos posiciones de alma correlacionadas

No obstante, la admiración no desaparece en ese momen-

to para dar paso al puro afecto, porque si muriera, el afecto moriría también; al igual que muriendo el afecto, muere también la admiración. Se trata de dos posiciones de alma correlacionadas.

Cuando una buena madre tiene un bebé, ella se entenece con el niño. Pero tendría que haber, aunque sea en su subconsciente, la siguiente idea:

*Más que su propia
dependencia como
criatura, Nuestra
Señora tenía en
vista la grandeza
infinita de Dios*



La Sagrada Familia - Catedral de Prato (Italia)

«Cuánta grandeza hay en el hecho de que una criatura esté llamada a llevar una vida de larga duración, a cumplir con obligaciones graves, como las de la paternidad o de la maternidad y, sobre todo, los deberes para con Dios: ser buena hija o buen hijo de la Iglesia Católica, dominar las propias pasiones, santificarse, ir al Cielo para toda la eternidad. Este “proyecto de ángel” que aquí se encuentra, ¡qué cosa extraordinaria! Cuán enternecida me quedo viendo algo tan grande contenido en un cuerpo tan pequeño».

Al considerar que aquel es su hijo, entra una ternura muy grande, pero también una gran admiración: «¡Qué magnífico es este misterio por el cual yo, criatura humana, engendré otra criatura humana! ¡Qué cosa enigmática y profunda! Nació de mí, está siendo alimentado por mí, se formó en mi claustro, yo lo liberé para la vida y aquí está tan pequeñito, tan minúsculo... Para que él existiera se llevó a cabo un inmenso misterio».

A éste se le añade otro más: el momento exacto en que Dios, como que inclinándose sobre aquel embrión, «sopla» un alma dándole algo que la madre no engendró ni vino del acto nupcial, sino que fue creado directamente por Dios. ¡Qué cosa magnífica!

La ternura de una madre verdadera, bien orientada para con su hijo, debe estar entrelazada con reflexiones como esta. Ella dio origen a un «otro yo mismo», que es carne de su carne y sangre de su sangre. Sobre ese nuevo ser se posó el divino Espíritu Santo y le infundió un alma. La obra de Dios se sumó a la de ella para dar origen a algo inmensamente más grande.

Con el alma, los horizontes se abren para aquel niño. Horizontes de lucha, de batalla, de abnegación o de alegría y victoria en los días en que se tiene la impresión de estar tocando el Cielo con

las manos. Pero también hay horizontes de tristeza, abatimiento, desfallecimiento, que nos llevan a pedirle a Dios gracias para continuar.

Cómo debe una madre mirar a su hijo

Aparece de esta manera otro aspecto del nacimiento de un simple niño.

Según la Iglesia, la vida de toda criatura es comparable a la de un héroe que se prepara con ejercicios para la lucha y después, en la hora de entrar en la arena, se sirve de fricciones, óleos perfumados y cosas del género para poner toda su musculatura en condiciones de enfrentar a las fieras que va a combatir o los otros gladiadores contra los que va a pelear.

Llegado el momento, coge sus armas y escudo y entra en la arena. Quien se hubiera fijado en un héroe de estos esperando en la sala de los gladiadores o de los domadores de fieras y lo viera sentado tranquilo, preparado para la inmensa batalla, no podría dejar de admirarlo.

Ahora bien, un niño que viene al mundo es como ese héroe. Está ante

la inminencia de una inmensa batalla. Sea niña o niño, si la madre tiene una verdadera noción de las cosas, le dirá: «¡Batallador! ¡Batalladora! Te admiro porque eres combatiente del buen combate. Tu deber es ese. Cuando recibas el Bautismo la gracia te llamará. Y a partir de ese momento comenzará en ti una vida sobrenatural similar al fuego que alguien prende en una vela».

El niño es para la madre como una vela por encender. Ella misma va a llevarla hasta el sacerdote que hará brillar en su alma la luz de la gracia, participación creada en la vida de

*Sea hembra
o varón, el niño
que entra en el
mundo está ante la
inminencia de una
inmensa batalla*

Dios. Ella mira y dice: «¿Con cuánta fuerza arderá esta alma? ¿Qué bien hará? ¿Cuánta gloria dará a Dios?».

Llevando la meditación hasta el extremo

Así es como una verdadera madre debe mirar a su hijo. Pero si ella tiene el valor de llevar sus raciocinios hasta el final, no podrá dejar de pensar: «¿Será que algún día este niño ofenderá a Dios? ¿Llegará a abusar de la paciencia divina? ¿Acaso no descargará Dios sobre esa persona su cólera e irá al Infierno? A mí, como madre, que le preparé una cuna tan delicada, tan esplendorosa, icómo me duele pensar que puede ser condenado a las penas del Infierno y este muñequito que ahora llora blasfeme contra Dios por toda la eternidad! Y si yo me salvo, veré desde lo alto del Cielo a este niño, ya adulto, blasfemando contra Dios por toda la eternidad. Y diré: “¡Dios mío! ¿No habría sido mejor que no hubiera nacido?”».

Sin embargo, si ella fuera una verdadera madre, porque ante todo supo ser una verdadera hija de Dios, pensará de otra manera: «Si ocurrie-



Pintura contemporánea representando una batalla renacentista
Colección particular

ra que este hijo mío, a pesar de haber rezado por él como Santa Mónica rezó por San Agustín, se resiste a la acción de la gracia y fuera precipitado en el Infierno, ¡oh, Dios!, ¡qué horrible destino! Pero, si ha merecido vuestra cólera eterna, yo, Dios mío, no me desvincularé de Vos: si Vos lo odiareis, yo lo odiaré también. Y cuando él blasfeme contra Vos en el Infierno y os maldiga, desde ahora mismo uno mi maldición de madre a la vuestra. Si él fuera vuestro enemigo, me tendrá a mí, su madre, como enemiga también».

Esa sería la meditación de una madre llevada hasta el extremo.

Inefable convivencia entra Madre e Hijo

Pero, volviendo a la convivencia entre la Santísima Virgen y su divino Hijo, consideremos lo que pasó durante los treinta años en que Jesús estuvo recogido en la casa de Nazaret.

Allí Jesús asistió a la muerte de San José —proclamado, con mucho tacto y acierto, por la Iglesia, como Patrón de la Buena Muerte, pues no se puede morir en mejores condiciones que asistido por Nuestra Señora y por el propio Jesús— y auxilió como hijo a su madre que había quedado viuda.

Podemos imaginar las conversaciones entre ambos cuando ya de noche, terminada la cena, estando solos, se miraban y se querían bien, disfrutando de la enorme felicidad de estar juntos, charlar, intercambiar pensamientos, etc.

Nuestra Señora, meditando en lo que ocurriría en el futuro, debía pen-



Cena de la Sagrada Familia, por Josefa Óbidos
Museo de Évora (Portugal)

*En aquellas paredes
resonaron las
risas cándidas y
cristalinas del Niño
Jesús y también las
voces de San José y
de la Virgen Madre*

sar incluso en el momento en que los ángeles trasladarían por los aires aquella casa santa de Nazaret para que no cayera en las manos de los mahometanos.

Sabía que sería puesta en un lugar llamado Loreto, y que un número incontable de peregrinos irían allí, probablemente hasta el fin del mundo, a venerar las paredes santas entre las cuales resonaron aquellas conversaciones. Allí se oyeron las risas cándidas y cristalinas del Niño Jesús, re-

sonó la voz grave, paterna y afectuosa de San José y de la Virgen Madre, modulada casi al infinito, como un órgano, expresando adoración, veneración y ternura en todos los grados y modalidades.

María Santísima pensaba en la vida pública de Nuestro Señor, en los milagros que practicaría, en las almas que atraería y cómo todo eso resultaría en el rechazo de los judíos y en la traición de Judas.

Después de Pentecostés, se dio la expansión de la Iglesia por toda la cuenca mediterránea. Veía,

sin duda, los lugares ignotos por donde caminarían los Apóstoles, llenando la tierra con su presencia, la liberación de la Iglesia por Constantino, el brillo que alcanzó en la faz de la tierra, la invasión de los bárbaros... Más tarde, San Benito se apartaría del lodazal que era Roma en su época y huiría a Subiaco, donde empieza una vida espiritual de la cual nacerá la Edad Media.

Vendrá la cristiandad, pero comenzará la Revolución: el Renacimiento, el humanismo, el protestantismo, la Revolución francesa, la Revolución comunista... En todo esto, sin duda, pensaba; y sobre todas estas cosas también nosotros debemos reflexionar cuando estemos a los pies del belén o contemplando una imagen de Jesús niño. Él es la piedra de escándalo que divide la Historia por la mitad. ✧

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de la revista «Dr. Plinio».

São Paulo. Año XIX.

N.º 214 (ene, 2016); pp. 12-17.

Maternal e infalible auxilio

Protegidos por el maternal auxilio de Dña. Lucilia, muchos han sentido la acción alentadora de su presencia, infundiéndoles coraje ante las reñidas batallas de la vida y serenidad frente a los peores infortunios y contradicciones.



Elizabete Fátima Talarico Astorino

Repentinas curaciones, donaciones anónimas, inesperadas soluciones... ¿Qué explicación hay para esto?

A las personas de espíritu naturalista les parecerá simplemente obra del azar, pero quienes han recurrido a Dña. Lucilia tienen clara la respuesta: en su intercesión es donde encuentran no sólo la mano, sino el chal protector de su maternal amparo.

De entre los numerosos hechos que se narran sobre las gracias alcanzadas por mediación de Dña. Lucilia, lo que nos llama la atención es

la presteza con que ella se dispone a atender las súplicas que le son dirigidas, resolviendo los problemas, desde los más sencillos hasta los más complicados, con especial atención y desvelo.

Junto con el Sagrado Corazón de Jesús ha sido siempre un infalible auxilio para los que le piden su ayuda en situaciones de gran necesidad.

Donación anónima y misteriosa

Es lo que nos confirma Andréia Magalhães, de Curitiba (Brasil), impresionada por el inesperado soco-

rrro prestado a su familia cuando estaba pasando por un período de apuros económicos.

Trabajaba como autónoma, pero ya no estaba logrando percibir lo suficiente para soportar los gastos de la casa durante la pandemia. Tenía que pagar el alquiler del mes y aún le faltaba la mitad de su valor... Angustia-da, sin saber qué hacer, escucha que llaman al timbre:

«Solamente tenía 400 reales para el alquiler y estaba desesperada, porque el contrato dependía de la inmobiliaria. Era miércoles, un joven de Uber se presenta en casa para dejarnos unos paquetes. Nos quedamos sorprendidos porque no sabíamos quién nos los enviaba. Eran cajas y cajas de alimentos».

Andréia trató de averiguar el remitente de ese generoso encargo, pero el chófer que había hecho la entrega se limitó a decirles que lo enviaban del centro de Curitiba y que ya estaba todo pagado.

Asombrada, empezó a revisar su contenido: «En fin que cuando abrimos había bastantes compras, hasta cartones de leche, galletas... y entonces pensé: “¡Caramba!, quien ha mandado esto sabe que hay una niña

«Había bastantes compras: cartones de leche, galletas... Nos quedamos muy contentos y al mismo tiempo abismados»

Fotografía de los víveres, dinero en efectivo y medallas recibidos por Andréia Magalhães



en casa”. Pero es que además venía un sobre con R\$ 475,00 y cuatro medallas de la Virgen. Quien nos envía estas cosas conocía que éramos cuatro los que vivíamos en casa por entonces. Y esa cantidad de dinero era exactamente lo que faltaba para completar el alquiler. Nos quedamos muy contentos por lo ocurrido y al mismo tiempo abismados».

Su bienhechora estaba más cerca de lo que imaginaban

Poco después Andréia pudo entender a quién le debía aquel inesperado y gratuito acto de generosidad:

«Unos días más tarde recibimos la visita de dos hermanas de los Heraldos. Mientras conversábamos, Melanie, mi hija, contó que le había pedido a Dña. Lucilia que nos ayudara, pues estábamos pasando dificultades».

Ahí estaba la respuesta a la incógnita que desde hacía días Andréia intentaba descifrar: su bienhechora se encontraba más cerca de lo que imaginaba, amparando y protegiendo a su familia a través de la súplica de su hija pequeña. Aquella misteriosa encomienda sí que tenía un remitente: el maternal e infalible auxilio de Dña. Lucilia».

Inexplicable desaparición de un nódulo

Jéssica Deponti Gobbi, de São Carlos (Brasil), aún con cierta sorpresa, nos relata la gracia que recibió por intercesión de Dña. Lucilia, a través de la cual fue curada de modo inexplicable.

Después de más o menos dos años de matrimonio, ella y su marido, Felipe, a pesar de desearlo, aún no tenían hijos. Entonces decidieron buscar un médico:

«Empezamos a hacernos varias pruebas. Y en una de ellas me descubrieron un nódulo tiroideo, que se-



Melanie Magalhães con su madre, Andréia

«Mi hija contó que le había pedido a Dña. Lucilia que nos ayudara, pues estábamos pasando dificultades»

gún el sistema de clasificación de TIRADS correspondía a la categoría 5, es decir, altamente sospechoso de ser maligno.

«Tan pronto como el nódulo fue descubierto, tendría que hacerme una biopsia, pero... me enteré de que estaba embarazada. Entonces mi marido y yo fuimos en busca de un sacerdote heraldo y le pedimos una bendición por intercesión de San Blas. Nos llevó a la iglesia y nos dio la bendición de San Blas con la vela en la garganta y también hizo una oración pidiendo la intercesión de Dña. Lucilia para que el nódulo desapareciera o fuera benigno».

Poco tiempo después, Jéssica fue de nuevo al médico:

«Estaba muy nerviosa por tener que hacerme la biopsia y todo eso... Entonces, volví y el doctor me dijo: “Como usted está embarazada, vamos a tratarlo solamente con ecografías. Cuando tenga el bebé, regrese y le quitamos el nódulo si fuera en verdad maligno”. Me pidió que repitiera los exámenes para seguir de cerca el nódulo a lo largo del embarazo».

Y para sorpresa de Jéssica y de su esposo, de manera serena, discreta e inesperada, todo se fue resolviendo:

«Cuando me repitieron las pruebas, se constató que el nódulo había desaparecido. Tenía otros nódulos, pero el más grave, el de categoría 5, desapareció. Y otros nódulos, que no tenían probabilidad de que fueran malignos, habían disminuido».

Jéssica buscó explicaciones médicas, pero enseguida pudo constatar la enorme gracia que había recibido:

«Cogimos el informe y volvimos al oncólogo. Se lo mostramos y le preguntamos si era normal que ocurriera eso. Nos dijo: “Miren, normal no es, y no sé explicarles qué ha pasado. Pero realmente el nódulo ya no está ahí”».

Solución para todos los problemas

También Cristiano Pires, acostumbrado a recurrir siempre a la intercesión de Dña. Lucilia, nos envía su testimonio, deseoso de relatar cómo fue auxiliado en los momentos de gran prueba y necesidad por el dadivoso y maternal socorro de esta bondadosa señora.

Nos cuenta que tenía un préstamo en el banco y que recibió una propuesta para concluirlo. Sin embargo, hizo el pago de manera errada y corría el riesgo de perder todo el dinero usado con esa finalidad. Debido a que esto le podría acarrear un enorme perjuicio y no menor dolor de cabeza, le pidió a Dña. Lucilia que le ayudara. Poco tiempo después, incluso antes de que hiciera algo para so-

lucionar el caso, constató que su deuda estaba completamente liquidada, todo se había solucionado: «Gracias a Dios no perdí los 6000 reales por intercesión de Dña. Lucilia. Sentí una paz muy grande en el corazón, en el alma, que vino de la intercesión de Dña. Lucilia».

En otra ocasión, deseoso de dejar uno de los empleos en el que trabajaba, Cristiano decidió poner el caso en manos de Dña. Lucilia, seguro de que ella le ayudaría:

«Trabajaba en dos hospitales y ya estaba cansado de trabajar de noche. Hacía diecisiete años que estaba en este hospital y ya había pedido unas tres o cuatro veces para que me dieran de baja, pues ya no lo estaba soportando. Entonces resolví recurrir a la intercesión de Dña. Lucilia».

Rápida intercesión de la «Señora del cuadrito»

No pasó mucho tiempo y sus oraciones fueron escuchadas:

«Empezó a correr el rumor de que quien quisiera ser dado de baja podía dar su nombre a los responsables. Lo pedí y gracias a Dios en enero de este año, gracias a la intercesión de



Jéssica Gobbi con su esposo en la casa de los Heraldos, de São Carlos

«Fuimos en busca de un sacerdote heraldo y le pedimos una bendición... Estaba muy nerviosa por tener que hacerme la biopsia y todo eso»

Dña. Lucilia, fui despedido y pude recibir el finiquito correspondiente a los diecisiete años de empresa».

Y el favor de Dña. Lucilia fue completo:

«Es algo increíble, le pides su intercesión y ves que es rápida. En cuestión de una semana lo solucioné todo, lo recibí todo, me pagaron el fondo de garantía correctamente. Vi a mis compañeros haciendo reclamaciones, discutiendo con los de RR. HH., porque no estaban consiguiendo percibir lo que les correspondía. Y gracias a Dios, a Nuestro Señor Jesucristo, a Nuestra Señora, por la intercesión de Dña. Lucilia, recibí esa inmensa gracia».

Suave olor a rosas en la almohada

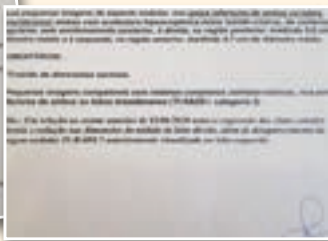
Lilibeth Caruso, de Houston (EE. UU.), nos escribe contándonos un significativo hecho a través del cual pudo confirmar aún más cómo esta bondadosa señora, que tanto bien hizo al prójimo durante su vida terrena, está dispuesta a ayudar desde la eternidad a quienes a ella recurren y a ella se acercan por medio de la oración.

Visitando a una amiga que llevaba más de siete años en silla de ruedas,

Inexplicable desaparición de un tumor

En el primer examen, Jessica descubrió que le habían diagnosticado «**TI-RADS categoría 5, debido a las características del pequeño nódulo en la región posterior del polo inferior del lóbulo izquierdo**». La sospecha de que el tumor fuera maligno era alta.

Después de la bendición de San Blas y la oración pidiendo la intercesión de Dña. Lucilia, el resultado fue bastante distinto: «**En relación con el examen anterior del 03/06/2020 se nota una regresión de los quistes coloides bilaterales y una reducción de las dimensiones del nódulo del lóbulo derecho, además de la desaparición de la imagen nodular TI-RADS 5 previamente vista en el lóbulo izquierdo**».



Fotos: Reproducción

trató de transmitirle una palabra de consuelo y apoyo que le ayudara a recuperar el ánimo ante las dificultades y sufrimientos que la Providencia le pedía:

«Le di una revista de los Heraldos junto con una foto de Dña. Lucilia y le comenté que hacía milagros, a pesar de que no estaba canonizada todavía. Le aconsejé que pidiera su intercesión, destacando que también ella había sido madre y que la ayudaría».

Su amiga, Krystal, amablemente, aceptó el regalo y le dijo que lo iba a poner debajo de su almohada. A continuación, se ausentó un momento y cuando regresó dijo que notaba algo diferente:

«Al volver de la habitación me pregunté si yo estaba usando algún perfume. “No, ¿por qué?”, le dije. Entonces me respondió que había empezado a sentir un olor a rosas; que su almohada olía a rosas. Y añadió: “Mi abuela decía que cuando alguien va a ser canonizado huele a rosas. Así pues, esa señora Dña. Lucilia va a ser canonizada”».

A pesar de que hasta hoy no se conoce enteramente el motivo de ese repentino aroma, podemos interpre-



Cristiano Pires con un cuadro de Doña Lucilia

Reproducción

tarlo como una discreta acción de Dña. Lucilia, dotada de bello simbolismo. Quizá quisiera ella marcar con su presencia, ya desde el comienzo, el alma de aquella mujer, enseñándole que, así como las rosas exhalan el más suave aroma cuando son aplastadas, las almas capaces de dejarse inmolarse por el sufrimiento ofrecen a Dios un perfume de agradable olor.

* * *

Como vemos, son muchos los que, tanto en Brasil como en el resto del mundo, se sienten protegidos por el auxilio maternal de esa generosa señora o han experimentado la acción alentadora de su presencia. Ella les infunde coraje ante las reñidas batallas de la vida, pero sobre todo les ofrece serenidad y confianza incluso frente a los peores infortunios y contradicciones.

Seguros de que está junto al trono del Sagrado Corazón de Jesús conquistando con su maternal *jeitinho* una sentencia a favor de los más necesitados, un número cada vez mayor de personas han recurrido a ella, confiando en su intercesión para conquistar de Dios no sólo lo inmerecido, sino hasta lo imposible. ✧

*«Es algo increíble,
le pides su
intercesión y ves
que es rápida.
En cuestión de
una semana lo
solucioné todo»*



Doña Lucilia

Biografía de Lucilia Ribeiro dos Santos Corrêa de Oliveira,
escrita por Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, y editada por la Libreria Editrice Vaticana.

Solicite su ejemplar en: www.salvadmereina.org / en el teléfono 902 19 90 44
o a través de correo@salvadmereina.org



SAN ANTÓN

Padre de la vida monástica

Fue un lucero en los comienzos de la vida ascético-monacal y, por su constancia y fidelidad, se convirtió en una sólida roca sobre la cual la Iglesia se apoyó para disipar los pérfidos embates de la herejía.



Isabelle Guedes Farias

En lo alto de las montañas o en la vastedad de los desiertos, varones llenos de fervor descubrieron formas heroicas de vivir la soledad como medio de unirse más a Dios. Tal estilo de vida fue elegido por muchos cristianos de los primeros siglos de la Iglesia y se desarrolló hasta dar origen a las diversas formas de vida religiosa que hoy conocemos.

Es en este primigenio contexto de aislamiento y rigor ascético donde encontramos la figura de San Antón.

Abandono completo en manos de la Providencia

La historia de este santo comienza en torno al año 251, en Egipto.

Los pocos datos que nos llegaron sobre su infancia indican que ésta fue muy tranquila y piadosa. Se sabe que sus padres eran cristianos, disponían de buenas condiciones financieras y educaron a sus hijos en el camino de la santidad.

Tras la muerte de sus padres, Antón, que tenía unos 20 años, quedó en-

cargado del cuidado de su hermana más pequeña y de la casa. Fue en esa época cuando tomó la decisión que cambiaría el rumbo de su existencia.

Cierto día en el que se dirigía hacia la iglesia, pensaba especialmente en el modo de vida de los Apóstoles, que lo abandonaron todo a fin de seguir a Nuestro Señor Jesucristo. Al llegar al templo, entró en el exacto momento en que se estaba leyendo un pasaje del Evangelio de San Mateo: «Si quieres ser perfecto, anda, vende tus bienes, da el dinero a los pobres —así tendrás un tesoro en el Cielo— y luego ven y sígueme» (19, 21).

Movido por una gracia, Antón comprendió que tales palabras dichas otrora por el Señor al joven rico eran, en aquel instante, dirigidas a él. Resuelto y arrebatado de entusiasmo, inmediatamente distribuyó la herencia dejada por sus padres y vendió sus bienes. Parte de la cantidad recibida la destinó a los pobres y el resto lo reservó para su hermana, haciéndose así un eximio ejecutor del consejo dado por el divino Maestro.

Un tiempo después, oyó durante la Misa el siguiente pasaje del Evangelio: «No os agobiéis por el mañana» (Mt 6, 34). Entonces distribuyó decididamente lo que le quedaba de la fortuna y dejó a su hermana al cuidado de unas vírgenes cristianas para que fuera educada por ellas.

De este modo, siguiendo con fidelidad la voz de la gracia, empezó a seguir el camino que el Espíritu Santo le había destinado y abrazó exteriormente la vida ascética que de cierta forma ya habitaba en su corazón.

En busca de la perfección

Después de renunciar al mundo, Antón buscó los medios necesarios para poner en práctica su ideal. Primero se aconsejó con un anciano que vivía cerca de su aldea natal, el cual llevaba vida solitaria y tenía fama de ser muy piadoso. Siguiendo su ejemplo, el santo procuró un lugar aislado donde vivir, fuera del pueblo.

En ese período trataba de visitar a hombres de fervor, a fin de espejarse en sus obras y emular las virtudes que

en ellos discernía. Por ese motivo era conocido como el «amigo de Dios». Su amor por el Creador le hacía ver en cada acto bueno practicado por los demás una revelación del Señor.

Antón avanzaba decididamente en la vida ascética: renunció, sacrificios y oraciones llenaban su día, a parte del tiempo que dedicaba al trabajo manual, confeccionando esteras. Sin embargo, grandes luchas aún le esperaban en la vía de penitencia que había abrazado.

Primeras batallas contra el demonio

El ángel de las tinieblas, al ver sus prácticas virtuosas, empezó a tentarlo de forma cada vez más explícita. Con el fin de llevarlo a abandonar la vida solitaria, le recordaba los bienes que había dejado, del cuidado de su hermana y de los placeres del mundo.

Por otra parte, le mostraba las dificultades que hay en la práctica de la virtud, la flaqueza del cuerpo y las frecuentes adversidades que el hombre debe enfrentar debido a sus malas tendencias, fruto del pecado original. A esos asaltos del enemigo infernal se resistió enérgicamente, con el auxilio de la gracia, a través de la oración.

También sufrió numerosas tentaciones contra la virtud angélica de la pureza. El combate era ininterrumpido: valiéndose de artificios maléficos, el padre de la mentira lo perturbaba día y noche con pensamientos e imaginaciones lascivas.

Para vencer tales batallas, Antón elevaba sus cogitaciones al Señor y la nobleza del alma humana creada por Dios. Además, redoblaba su fe, oraciones, ayunos y mortificaciones, convencido de que se trataba de una lucha sin fin, que debería librar mientras estuviera en la tierra.

Aislado en una tumba

Siempre deseoso de acercarse más a Dios y de nuevos embates contra el

Maligno, Antón decidió aislarse en dos lugares insólitos.

Primero tomó la resolución de vivir en un sepulcro situado en la orla del desierto. Ciertos autores dicen que se trataba de una tumba egipcia, haciendo destacar que tales lugares eran tenidos como habitación de los malos espíritus: «Reino de los muertos, reino de los espíritus malignos. Antón fue a ese sitio a causa de las tumbas. Porque ahí los poderes demoníacos soplan más violentamente que las tempestades de arena, y son más los demonios que las momias escondidas en los sepulcros. [...] El asceta cristiano se encuentra en un terreno capaz de ofrecerle la lucha que desea».¹

Habiéndole encargado a un amigo que le trajera alimento periódicamente, entró en la tumba y la cerró. El enemigo, no obstante, «temiendo que en poco tiempo el desierto se convirtiera en una ciudad de ascetas, una noche entró en el sepulcro con una multitud de demonios y le golpeó hasta tal punto que lo dejó tendido en el suelo».²

Al día siguiente su amigo lo encontró desfallecido y, pensando que estaba muerto, lo llevó a la iglesia de la aldea.

Pero cuando recobró el sentido Antón le rogó que lo condujera de vuelta a la tumba, donde se quedó a solas. Redoblando el ataque, los espíritus malignos se le aparecieron en forma de animales feroces: leones, osos, leopardos, toros, lobos, escorpiones y serpientes lo atormentaban por medio de ruidos horribles y agresiones, con permiso divino.

Antón «gemía por el sufrimiento físico, pero permanecía con el alma vigilante»³ y se burlaba de sus verdugos. Levantando los ojos vio el techo abrirse y una luz que penetraba en el ambiente. Los demonios huyeron y el santo se sintió reconfortado en sus penas al reconocer la presencia del Señor. Le preguntó entonces por qué no había ido a socorrerlo antes y Él le respondió: «¡Antón, estaba allí! Pero esperaba para verte combatir; puesto que resististe y no te dejaste vencer, seré siempre tu ayuda y haré que tu nombre se recuerde en todas partes».⁴

Tales enfrentamientos, lejos de abatirlo, hacían que aumentaran en él su deseo de progresar cada vez más en las vías de la perfección. Con ese objetivo decidió adentrarse en el desierto, ambiente que remite a diver-



Gustavo Kralj

«Si quieres ser perfecto, anda, vende tus bienes, da el dinero a los pobres —así tendrás un tesoro en el Cielo— y luego ven y sígueme»

San Antón distribuyendo sus bienes entre los pobres
Galería Nacional de Arte, Washington (Estados Unidos).
En la página anterior, San Antón - Museo Episcopal de Vic (España)

sos simbolismos. Se tiene por un lugar de encuentro con Dios, donde se contemplan las manifestaciones de sus prodigios, pero también como un sitio de pruebas, tentaciones y luchas. Era lo que el santo buscaba.

Vida eremítica en el desierto

Nada más emprender la marcha el enemigo quiso tentarlo, presentándole oro y plata en el suelo desértico. Sin dejarse engañar por tal embuste, Antón proclamó en alta voz que nada sería capaz de desviarlo de su propósito y siguió su camino, lleno de desprecio por Satanás y confianza en Dios.

En determinado momento avisó las ruinas de un fuerte abandonado localizado cerca del río Nilo, en lo alto del monte Pispir, actualmente conocido como Dayr al-Maymūn. Tras establecer allí su morada, cerró la entrada. Llevaba consigo algunos panes típicos de la región, hechos para durar largos meses, dos veces al año recibía nuevas provisiones que le lanzaban por encima del muro. No permitía que nadie entrara.

Antón pasó cerca de veinte años en ese lugar, sin salir nunca. Del lado de fuera se podían oír los gritos que los demonios daban para atormentarlo; no obstante, él no se amedrantaba y continuaba rezando y practicando sus penitencias.

Maestro de los monjes y consuelo de los afligidos

La vida de Antón, célebre por sus sacrificios y renunciaciones, se hizo conocida por muchos que, cautivados por su fama de santidad, fueron a estar con él en el desierto.

A partir de entonces, el camino del aislamiento se convirtió en el ideal de muchos corazones cristianos. Los más fervorosos encontraron en el ascetismo el camino hacia la perfección: rechazo del mundo, despojo de riquezas y purificación del alma.

En torno de Antón empezó a formarse una pequeña colonia de asce-

tas. Aunque habitaban separadamente, buscaban la santificación bajo las orientaciones del santo ermitaño que, abandonando la soledad, se convirtió en su maestro y padre espiritual.

Otros muchos lo buscaban para recibir de él consejo y pedirle auxilio en sus dificultades. «De un día para otro, se ve lanzado para la vida pública, se ve saludado como maestro por una multitud de todas las edades que procura darle y recibir el ósculo de la paz, tocarle como a un segundo Cristo, cortarle en secreto un trozo de su túnica. [...] La multitud ruidosamente alegre reconoce en Antón a su jefe y guía».⁵

El propio emperador Constantino el Grande llegó a enviarle una carta donde le preguntaba cómo debía proceder para gobernar en el verdadero Espíritu del Señor. El monje del desierto, tras oír la solemne lectura de la misiva, dictó una breve respuesta: «Practicad la humildad y despreciad el mundo; y recordad que el día del Juicio tendréis que rendir cuentas de todos vuestros actos».⁶

Entre los prodigios que le son atribuidos, se cuenta que en un viaje hecho con algunos discípulos Antón hizo surgir agua en medio del desierto para saciar la sed de todos, que estaban ya por desfallecer. Además, curaba a los enfermos, consolaba a los afligidos, reconciliaba a los enemigos y exorcizaba demonios. Quien en el aislamiento había vencido los ataques diabólicos, ahora liberaba a muchas almas del poder del tentador.

Pasaron algunos años y Antón anhelaba retomar su vida de soledad... Sin embargo, los antiguos lugares habitados por él se habían convertido en pequeñas comunidades de discípulos. Mientras buscaba una solución, oyó una voz que le dijo: «Ve al interior del desierto».

Dios le inspiró entonces que siguiera a una caravana de sarracenos que partía hacia allí. Después de tres días de viaje, avistó una alta monta-

ña y la reconoció como siendo el lugar deseado por el Señor: se trataba del monte Colzim, donde vivió hasta el final de sus días.

Llamado a defender la verdadera fe

Hay aún otro aspecto que llama la atención en la vida de San Antón: el notable papel que realizó para defender y fortalecer la Iglesia en su época.

Durante la persecución de Maximino, el santo se dirigió a Alejandría con el objetivo de fortalecer con su presencia y palabras a todos los que eran llamados a entregar sus vidas por el nombre de Cristo. También deseaba sufrir el martirio, pero jamás nadie osó hacerle daño, incluso cuando comparecía a los tribunales para exhortar a los cristianos a permanecer fieles, pues «el Señor lo custodiaba por nuestro bien y el de los demás».⁷

Años más tarde, a petición del Patriarca San Atanasio, Antón fue a Alejandría nuevamente, pero esta vez para defender la verdadera Iglesia contra el veneno de la herejía. Se trataba del arrianismo, falsa doctrina ya condenada por el Concilio de Nicea, que negaba la divinidad del Verbo y amenazaba propagarse por todo el orbe cristiano. El monje del desierto, que en sus comunicaciones místicas había contemplado la divinidad del Señor, era el testigo que en ese momento la Santa Iglesia tanto necesitaba.

Tan pronto como llegó, cristianos y herejes se reunieron en la basílica de la ciudad para escucharlo. Así que el Santo Patriarca inició su discurso en alabanza de la naturaleza divina de la segunda Persona de la Santísima Trinidad, un rebelde rudamente lo interrumpió con protestas, afirmando que el Señor era solamente un hombre creado por Dios. Cuando Antón oyó lo que decía se irguió y gritó en voz alta: «¡Yo lo vi!».



«¡Antón, estaba allí! Pero esperaba para verte combatir; puesto que resististe y no te dejaste vencer, seré siempre tu ayuda»

A la izquierda, San Antón atormentado por los demonios - Museo Episcopal de Vic (España);
a la derecha, aparición del Señor - Museo Nacional de Arte de Cataluña, Barcelona

Tal testimonio, dotado del timbre de la verdad, arrebató a los presentes. «Más que la bella y lógica doctrina expuesta en el Concilio, la imponente voz de ese hombre, para quien la verdad de la naturaleza divina de Cristo se había convertido casi en una evidencia, gracias a una visión sobrenatural, fue el golpe más terrible que la herejía recibió».⁸

Últimos años

Después de exhortar al pueblo de Dios a ser fiel a la verdadera religión y a combatir las herejías y sus fautores, el monje del desierto regresó a su morada en el monte Colzim.

Sus últimos años transcurrieron en la meditación y la ascesis. Cultivaba trigo y preparaba su propio pan. De vez en cuando lo visitaban algu-

nos discípulos, que también cuidaban de llevarle víveres. Permaneció constante en la vida de austeridad, entre penitencias y oraciones, y en una creciente convivencia mística con Dios. En uno de esos contactos sobrenaturales, el Salvador le reveló las dificultades que la Santa Iglesia tendría que padecer y su futuro triunfo.⁹

Ya cerca de la muerte y con más de 100 años, Antón era auxiliado por dos discípulos. Según la tradición, entregó su alma a Dios el 17 de enero, fecha en que la Iglesia celebra su memoria.

Roca de constancia y ortodoxia

¡Cuán bello es contemplar el amanecer de la historia de la cristiandad! En él relucen damas y varones llenos de fe que, suscitados por la Providen-

cia, supieron glorificar a Dios cumpliendo sus designios.

En este sentido, San Antón se constituye en un lucero de la vida ascético-monacal, abriendo camino para una miríada de almas que eligieron abandonar el mundo para encontrarse con su Creador a través de una vía de penitencia. Por su constancia y fidelidad, el Señor hizo de él la roca sobre la cual la Iglesia pudo apoyarse para disipar los pérfidos embates de la herejía.

Que su ejemplo pueda sustentar a todos aquellos que, en los días actuales, libran combates quizá mayores contra los enemigos de Dios y su Iglesia, recordándoles la promesa infalible del Salvador: «Las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella» (Mt 16, 18). ✧

¹ QUEFFÉLEC, Henri. *Santo Antão do deserto*. Lisboa: Asster, 1961, pp. 63-64.

² SAN ATANASIO DE ALEJANDRÍA. *Vita di Antonio*, 8, 2. 3.^a ed. Milano: Paoline, 2011, p. 95.

³ Ídem, 9, 8, pp. 96-97.

⁴ Ídem, 10, 3, p. 98.

⁵ QUEFFÉLEC, op. cit., pp. 90-91.

⁶ FÜLÖP-MILLER, René. *Os Santos que abalaram o mun-*

do. 7.^a ed. Rio de Janeiro: José Olympio, 1968, p. 32.

⁷ SAN ATANASIO DE ALEJANDRÍA, op. cit., 46, 6, p. 134.

⁸ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *El don de la sabidu-*

ría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa de Oliveira. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2016, v. I, p. 16.

⁹ Cf. SAN ATANASIO DE ALEJANDRÍA, op. cit., 82, pp. 166-168.

Modelo e incomparable maestro

Para que una Hija de María Auxiliadora cumpla su misión ha de poseer la perfección religiosa trazada sobre todo en la vida, los ejemplos y los escritos de su padre y fundador. Porque él es el modelo y maestro seguro de su propia perfección.



Beato Felipe Rinaldi, SDB

La elevación de nuestro mismo padre y fundador Don Bosco a la honra de los altares,¹ que ha suscitado un indecible entusiasmo y una confianza universal en su poder de intercesión, ha aguzado igualmente en mi corazón el deseo, ya tan vivo, de ver a las buenas Hijas de María Auxiliadora, que también lo son de él, muy elevadas en la perfección religiosa.

Si nuestro Beato ya nos había sido propuesto como modelo e incomparable maestro a comienzos del año que dentro de poco no tendrá más mañana, con mayor razón sobrevivirá ese sentimiento eternamente, como ahora, dentro de nuestros corazones. [...]

Tener continuamente presente este atrayente modelo

Primero, la ansiosa expectativa; después, las triunfales e insuperables celebraciones; y más tarde, la creciente devoción al nuevo Beato, que enseguida se ha vuelto prácticamente universal por la multitud de gracias y favores —expresados en los exvotos, en los centenares de velas que arden continuamente ante la urna de las reliquias del santuario de María Auxiliadora y en las incesantes peticiones de oraciones para obtener gracias o para

agradecer las obtenidas—, estoy seguro de que se ha convertido casi vivo y palpable para cada Hija de María Auxiliadora en el «aguinaldo» de este año que está por terminar.

Era imposible que una Hija de María Auxiliadora no tuviera continuamente presente este atrayente modelo de educador y maestro de vida religiosa, refulgiendo, en la aureola del Beato, de todas las virtudes propias a su misión. Porque, para cumplir su misión, una Hija de María Auxiliadora debe poseer la perfección religiosa planteada por su fundador. Ahora bien, ésta viene trazada en las Reglas, en el Manual de los actos de piedad, pero sobre todo en su vida, en sus ejemplos y en sus escritos.

Por tanto, le ruego, Rvda. Madre, que estimule a cada Hija de María Auxiliadora a extraer de esa fuente el espíritu de la propia perfección, es decir, el carisma del Instituto, que no se puede encontrar en ninguna otra parte, ni siquiera en los libros cuya finalidad es conducir al alma paso a paso en el ascenso de la perfección.

En esos libros se pueden encontrar principios y normas generales, pero no las aplicaciones conformes al espíritu recibido del fundador, quien ahora con más autoridad les reitera a sus hi-

jas: «os he dado ejemplo, para que hagáis lo mismo; y entonces ciertamente alcanzaréis la perfección a la que habéis sido llamadas por el Señor».

Oh, no hay cosa más grande que esta: tener al padre y fundador del propio Instituto como modelo y maestro seguro de perfección.

Cada una se convertirá en el ornamento de su propio Instituto

El magisterio supremo de la Santa Iglesia nos lo garantiza; y su vida —leída, meditada y estudiada con amorosa asiduidad— será para las Hijas de María Auxiliadora el espejo luminoso en el cual podrán ver el desarrollo progresivo de su perfección, basada en su caridad y su actividad, como la de su bienaventurado padre.

A usted le corresponde, Rvda. Madre, proveerles a cada una de sus hijas ese espejo de perfección, proporcionándoles o, al menos, dándoles la facilidad de tener a disposición alguna de las «Vidas» del Beato (de la cual ya hay copiosa bibliografía); dejándoles tiempo para hacer una buena lectura cotidiana a solas o, mejor aún, en comunidad; animándolas en todos los sentidos y en todas las ocasiones a atesorar las enseñanzas que ahí encontrarán abundantemente.

Así, cada Hija de María Auxiliadora se convertirá en el ornamento de su propio Instituto, será la «salvadora» del alma en el campo de la educación y la perfecta religiosa en la práctica heroica de todas las virtudes que crean la santidad.

Delante de este espejo, pronto logrará hacer desaparecer sus malas inclinaciones, sus criterios personales, su amor propio —el cual se escabulle por los poros de la persona y sabe camuflarse incluso bajo el aspecto de celo— y la refinada búsqueda de sí misma, más insidiosa en recamar silenciosamente en torno a su propio «yo» razones de toda clase para hacer valer sus derechos personales.

Conseguirá todo eso porque en la vida del Beato encontrará ejemplos y copiosas normas para luchar eficazmente contra todos esos enemigos mediante la oración, la mortificación y la ilimitada actividad por el bien de las almas, hasta la completa inmolación de sí misma. [...]

Nuestra perfección consiste en unirnos a Dios

Pero la Hija de María Auxiliadora debe aprender de la vida de nuestro bienaventurado padre, sobre todo, el camino para elevarse continuamente en la perfección religiosa, es decir, en la unión con Dios. Ya que, en última instancia, nuestra perfección consiste precisamente en unirnos e identificarnos con Dios sin descanso y con todas nuestras fuerzas.

Ahora bien, la unión con Dios no es otra cosa que el fruto del amor a Dios y al prójimo amado por Él, como nuestro bienaventurado padre nos enseñó y nos enseña ahora aún



San Juan Bosco entrega a Santa María Mazzarello las Reglas de las Hijas de María Auxiliadora - Basílica de María Auxiliadora, Turín (Italia)

Mirándose en ese espejo, la Hija de María Auxiliadora pronto logrará eliminar sus malas inclinaciones, sus criterios personales, su amor propio

más desde el trono de su gloria, prácticamente con la característica sencillez que le es propia.

No nos detengamos en las abstrusas consideraciones de tantos métodos y fórmulas incongruentes, sino en la sencillez evangélica: apartemos los impe-

dimentos que dificultan esa unión, es decir, el pecado y los malos hábitos, de una manera expeditiva, decidida; y luego empecemos de inmediato a correr por el camino que nos ha sido trazado, haciendo obras de amor y aceptando los sacrificios inherentes al apostolado de nuestra misión.

Como Don Bosco, necesitamos llegar a la unión con Dios por la vía más corta y en el menor tiempo posible, para consagrarlo todo al bien del prójimo, en el cual reside la verdadera prueba del amor a Dios y de la unión con Él.

Nuestro bienaventurado padre fijó su mirada en el fin último de nuestra perfección y, por así decirlo, se apoderó de él para utilizarlo como medio para crecer en la perfección a cada momento.

Parece decir: «Ya que la unión perfecta con Dios es la meta de nuestra eterna felicidad, entonces sin pérdida de tiempo, comencemos esta

unión divina aquí mismo, viviendo únicamente en la presencia de Dios, consagrándole todas nuestras aspiraciones, nuestras palabras y nuestras obras en el apostolado con las almas que Él ha confiado a nuestro cuidado. Que todo lo que hagamos sea hecho en unión con Dios, sin más consideración por nosotros y las criaturas: itodo por Dios en la salvación de las almas!». ✧

Fragmentos de: Carta a la superiora general de las Hijas de María Auxiliadora, 21/9/1929. In: DALCERRI FMA, L. *Un maestro di vita interiore: Dom Filippo Rinaldi*. Roma: FMA, 1990, pp. 109-121.

¹ San Juan Bosco fue beatificado por el Papa Pío XI el 2 de junio de 1929, unos meses antes de haber sido escrita esta carta.



La música instrumental en el santuario

De lo profano a lo sagrado, los instrumentos musicales contribuyeron a crear en las acciones litúrgicas un ambiente adecuado a su momento festivo o recogido, preparando a las almas para el amoroso encuentro con Dios.



Adriel Brandelero

Cuando la sencillez de los días feriales da paso a los esplendores de las solemnidades litúrgicas, los dones y sentidos del hombre se armonizan en gestos de adoración que permiten al alma impregnarse de lo divino y manifestar, a través de la melodía, su amor al Creador.

Las armónicas voces de un coro bien afinado, acompañadas del órgano o de otros suaves instrumentos, y a veces despuntadas con altaneros toques de trompetas, constituyen una verdadera oración cuando son destinadas a la gloria de Dios.

Sin embargo, al oír la pujanza de la música instrumental, los buenos apreciadores del canto llano recordarán —no sin nostalgia— la gravedad monódica del gregoriano cantado *a capella*. La austeridad de su línea melódica, regida por un ritmo sin compases, parece mucho más propia a hacer sentir la grandeza y elevación del Sagrado Misterio.

Ante esta paradoja, cabe preguntarse cómo los instrumentos se unieron al coro en la liturgia, inaugurando así un nuevo género de música sacra. ¿Cuál es su función? ¿Ayudan, realmente, a acercar el alma a las armonías celestiales?

Los instrumentos musicales en la Iglesia primitiva

Los instrumentos musicales estaban muy presentes en el culto judío, y así lo demuestra el Antiguo Testamento en pasajes como este: «Dad gracias al Señor con la cítara, tocad en su honor el arpa de diez cuerdas; cantadle un cántico nuevo, acompañando los vítores con bordones» (Sal 32, 2-3).

La Sagrada Escritura también les atribuye un efecto curativo y exorcista —fueron los acordes de la cítara de David los que libraron a Saúl del espíritu malo (cf. 1 Sam 16, 16-23)—, mientras que su ausencia era considerada señal inequívoca de desgracias prontas para abatirse sobre el pueblo elegido: «Pondré fin al rumor de tus canciones y no se escuchará más el sonido de tus cítaras» (Ez 26, 13).

«No obstante, esta tradición hebrea relacionada con los instrumentos músicos no pasó a la Iglesia primitiva; por lo menos los escritores apostólicos y los inmediatamente posteriores no aluden a ello en absoluto».¹ Aunque los cristianos no ignoraban tal costumbre, su asimilación en el culto divino fue repudiada.

Ciertos autores afirman que se dejó de usarlos como medida de prudencia, para no llamar la atención so-

bre los lugares de culto en tiempos de persecución. Pero al parecer el principal motivo para rechazarlos fue su uso en los cultos idolátricos y fiestas paganas: «Probablemente fueron desterrados del templo por su carácter profano, sensual y clamoroso»², declara Mons. Mario Righetti en su célebre *Historia de la liturgia*.

Clemente de Alejandría defendía que, para glorificar a Dios, les bastaba a los cristianos un instrumento, la Palabra, portadora de paz.³ Se veía «en la homofonía del canto sagrado una imagen y un paralelismo de la armonía del universo y de las esferas celestiales»⁴, mientras que la heterofonía entre el canto y los instrumentos era considerada como algo contrario a la unidad de la comunidad cristiana.

Se estableció así en los comienzos de la cristiandad una separación irreconciliable entre el canto sacro y las melodías instrumentales. Quizá esa dicotomía tuviera su origen en un soplo divino, que frenaba los impulsos desequilibrados de la música profana para hacer nacer y llegar a su esplendor el canto gregoriano, cuyos neumas componen melodías serenas y llenas de paz.

Solamente le fue digno al órgano acompañar las oraciones de la Igle-

sia a partir del siglo VII,⁵ ya que «tan particularmente se acomoda a los cánticos y ritos sagrados, comunica un notable esplendor y una particular magnificencia a las ceremonias de la Iglesia, conmueve las almas de los fieles con la grandiosidad y dulzura de sus sonidos, llena las almas de una alegría casi celestial y las eleva con vehemencia hacia Dios y los bienes sobrenaturales»⁶.

Dos caminos paralelos

El sólido imperio establecido por el gregoriano en la música sacra se vio amenazado, a partir del siglo XI, por la ola de trovadores que emergió en Europa, generando profundos cambios en la mentalidad humana.⁷

No mucho tiempo después, «las imágenes de los santos se desvanecían ante los combates y el culto marial dio paso al “amor cortés”. Poco a poco el latín fue abandonado en provecho de la lengua vernácula, accesible a todos. La poesía y la música conquistaron una nueva popularidad que le faltaba inevitablemente al canto eclesiástico latino».⁸

Nacidos en la misma cuna que las canciones profanas, los instrumentos musicales se desarrollaron y perfeccionaron, envueltos en brazos mundanos. Empezaron a brillar en las fiestas, alegrando con sus melodías la vanidad sentimental presente en torneos y diversiones populares.

Con mayor razón aún, lejos se veía de que sonaran en los templos...

La polifonía sacra y los oratorios

Mientras, la historia del canto sacro seguía su curso. De la monodía gregoriana se pasó al contrapunto y a la diversidad de líneas melódicas. En el siglo XVI, bellezas inefables eran alcanzadas por compositores como Tomás Luis de Victoria y Giovanni Pierluigi da Palestrina, cuyo espíritu profundo y recogido salvó la polifonía sacra de las exageraciones a que estaba expuesta.

También fue en esa época cuando «a las voces de los cantores y al órgano se unió el sonido de otros instrumentos musicales».⁹ La severa separación mantenida durante siglos empezó a diluirse. Surgen pequeños conjuntos de instrumentos que, principalmente, tocaban al unísono con las voces y después pasaron a tener una parte propia en el acompañamiento.¹⁰

Sin embargo, si el canto había penetrado a fondo en el corazón del hombre auxiliándolo a expresar sus sentimientos religiosos, los instrumentos no eran aún capaces de refle-



Georg Friedrich Händel,
por Thomas Hudson

La presencia de los instrumentos en la música sacra se volvió mucho mayor al iniciarse la época de los oratorios

jar por sí mismos los dinamismos del alma humana. Al principio, «no hablaron un lenguaje, sino que balbucearon imitaciones retóricas de la música vocal, tanto la austera y pura de la Iglesia como la alegre y desenfadada de las canciones populares»¹¹.

La presencia de los instrumentos en la música sacra se volvió mucho mayor al iniciarse la época de los oratorios. Heinrich Schütz (1585-1672), considerado un compositor de transición entre la polifonía y los oratorios, supo magistralmente unir a las voces todos los recursos orquestales de los que disponía, prenunciando el apogeo del nuevo género musical que se dio con las inspiraciones de Georg Friedrich Händel (1685-1759).

Aunque este último no destinara sus obras al culto divino, sino a presentaciones de carácter religioso en ambientes profanos, no por eso podemos dejar de reconocer en muchas de sus composiciones la genialidad en poner en música la Palabra de Dios, que le valió el título de «compositor de las Escrituras»¹². Su obra maestra, el *Messias*, es una buena muestra de ello.

En busca de un sabio equilibrio

Como ya acompañaban no sólo la voz de los hombres, sino también, en los oratorios, la palabra de Dios, los instrumentos musicales paulatinamente fueron pasando del teatro al templo, y ganando por fin ciudadanía en la Jerusalén celestial. A mediados del siglo XVIII, el Papa Benedicto XIV corroboró que ellos sustentaran el canto litúrgico.¹³

Pero no todo en el arte musical sacro marchaba en equilibrio, pues durante el siglo XIX la música de orquesta dio ocasión a abusos dentro de los templos, haciendo de la iglesia una continuación del teatro, comprometiendo el carácter sobrio y tranquilo de la oración litúrgica y poniendo en riesgo la integridad del canto eclesiástico.¹⁴

Ahora bien, el abuso no quita el uso. Para remediar este mal, la justa prudencia de San Pío X instó a que la elección de los instrumentos, especialmente los de viento, fuera limitada, juiciosa y proporcionada al ambiente y la composición escrita en estilo grave, conveniente y en todo parecida a la del órgano,¹⁵ pues hay modos más propios al culto sagrado y otros menos. Por otra parte, «como el canto debe dominar siempre, el órgano y los demás instrumentos deben sostenerlo sencillamente y no oprimirlo».¹⁶

Pío XII reforzó la necesidad de ese equilibrio enseñando que «además del órgano, hay otros instrumentos que pueden ayudar eficazmente a conseguir el elevado fin de la música sagrada, con tal que nada tengan de profano, estridente o estrepitoso que desdiga de la función sagrada o de la seriedad del lugar».¹⁷

La música sacra post conciliar

El siglo XX fue testigo de profundos cambios en el campo de la cultura, y la música sacra infelizmente no estuvo inmune a ellas.

En su documento dedicado a la liturgia, el Concilio Vaticano II reitera la admisión de otros instrumentos musicales, además del órgano, en el culto divino¹⁸ e incentiva también el canto popular religioso, «de modo que en los ejercicios piadosos y sagrados y en las mismas acciones litúrgicas resuenen las voces de los fieles».¹⁹ Pero salvaguarda la integridad del gregoriano como «canto propio de la liturgia romana».²⁰

No hay, pues, ninguna novedad en relación con el magisterio precedente. Sin embargo, el panorama de la música sacra cambió radicalmente en el período post conciliar: «Principalmente en los veinte primeros años de la reforma, presenciamos una desmedida incorporación de melodías del ámbito profano, o mejor, del ámbito religioso o catequético al tem-

plo. [...] El criterio que prevalecía no era otro además del hecho de ser una melodía pegadiza, rítmica, viva y que el pueblo participa».²¹

Analizando con sabiduría los excesos ocurridos en esa época, que aún contaminan ampliamente muchas celebraciones litúrgicas, Benedicto XVI recuerda que en la música sacra es necesario conservar siempre «el sentido de la oración, de la dignidad y de la belleza; la plena adhesión a los textos y a los gestos litúrgicos; la participación de la asamblea y, por tanto, la legítima adaptación a la cultura local, conservando al mismo tiempo la universalidad del lenguaje».²²

Esos importantes criterios, «que hay que considerar atentamente también hoy», no contradicen, sino que refuerzan «la primacía del canto gre-

goriano, como modelo supremo de música sacra, y la sabia valoración de las demás formas expresivas, que forman parte del patrimonio histórico-litúrgico de la Iglesia».²³

Rico, profundo y armónico acto de alabanza

Finalmente, dejemos de lado las consideraciones sobre los instrumentos musicales en la historia de los hombres y pasemos a analizarlos desde el punto de vista del Creador.

«La música instrumental contribuye, de una manera excepcionalmente eficaz, a crear el ambiente adecuado, a su momento festivo o recogido»,²⁴ comenta un autor contemporáneo. Proporciona al alma el estado propio para elevarse a Dios, pues una gran orquesta que resuena en oración en el interior del templo bien puede simbolizar el alma de la Iglesia que rinde al Creador un rico, profundo y armónico acto de alabanza.

En un conjunto musical existen instrumentos de cuerda y de viento. En estos, además hay una diferencia muy marcada entre los de madera y los de metal. Y si la armonía del conjunto es siempre mejor que las partes, cómo es hermoso, no obstante, oír cada instrumento por separado, sintiendo la singularidad de los timbres y resonancias expresando diferentes estados de alma.

Si un inspirado compositor se pusiera a poner en música la gesta de Elías, el profeta, ciertamente utilizaría la suave nobleza de la madera para cantar el susurro de la suave brisa que precedió su encuentro con Dios (cf. 1 Re 19, 12-13). Si, por el contrario, deseara poner en música el fuego del Señor que devoró la leña, las piedras, el polvo, el agua y la víctima en el altar del monte Carmelo (cf. 1 Re 18, 38), sin duda emplearía los instrumentos de metal, que sueñan como manifestación de la implacable justicia divina. Por otra parte,



Canto de la Liturgia de las Horas en la casa Monte Carmelo, Caieiras (Brasil)

Los cambios no contradicen, sino que refuerzan «la primacía del canto gregoriano, como modelo supremo de música sacra»



João Paulo Rodrigues

Presentación musical en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil), 19/5/2018

sólo las cuerdas serían capaces de expresar la profundidad del afecto recíproco entre Elías y Eliseo cuando el carro de fuego arrebató al maestro del discípulo (cf. 2 Re 2, 11-12).

Sin embargo, cuando Dios habla, solamente el órgano es digno de acompañarlo. Reuniendo en sí la sencillez y la variedad, este grandioso instrumento forma un equilibrado, sublime y perfecto conjunto de los más variados timbres y sonidos.

Lenguaje que todos puedan entender

Así contemplada, la música instrumental constituye una forma de oración que toca el fondo de las almas a través de un lenguaje sin pala-

*La suave nobleza
de la madera podría
cantar la brisa que
precedió el encuentro
de Elías con Dios,
al contrario que
el metal...*

bras que todos los hombres son capaces de entender.

«Lamentablemente», comenta el Papa Benedicto XVI, «después de los sucesos de la torre de Babel las

lenguas nos separan, crean barreras. Pero en esta hora hemos visto y oído que existe una parte intacta del mundo, incluso después de la torre y de la soberbia de Babel, y es la música: el lenguaje que todos podemos entender, porque toca el corazón de todos nosotros».²⁵

La glorificación de las perfecciones divinas por medio de la música «nos da la garantía no sólo de que la bondad y la belleza de la creación de Dios no se han destruido, sino que estamos llamados y somos capaces de trabajar por el bien y la belleza, y son también una promesa de que llegará el mundo futuro, de que Dios vence, de que la belleza y la bondad vencen».²⁶ ♦

¹ RIGHETTI, Mario. *Historia de la liturgia*. Madrid: BAC, 1955, v. I, p. 630.

² Ídem, ibídem.

³ Cf. CLEMENTE DE ALEXANDRIA. *Le Pédagogue*. L. II, c. 4, n.º 42, 3: SC 108, 93.

⁴ RIGHETTI, op. cit., p. 631

⁵ Tradicionalmente se le atribuye al Papa San Vitaliano, cuyo pontificado se extendió del 657 al 672, la introducción del órgano en el culto litúrgico.

⁶ PÍO XII. *Musicae sacrae disciplina*, n.º 18.

⁷ Cf. DELLA CORTE, A.; PANNAIN, G. *Historia de la música. De la Edad Media al siglo XVIII*. Barcelona: Labor, 1950, v. I, p. 143.

⁸ PAHLEN, Kurt. *La grande aventure de la musique*. Verviers: Gérard & Co, 1947, p. 48.

⁹ PÍO XII, op. cit., n.º 3.

¹⁰ Cf. RIGHETTI, op. cit., p. 631.

¹¹ DELLA CORTE; PANNAIN, op. cit., p. 579.

¹² PAHLEN, op. cit., p. 127.

¹³ Cf. BENEDICTO XIV. *Anus qui hunc*, n.º 12.

¹⁴ Cf. RIGHETTI, op. cit., p. 631.

¹⁵ Cf. SAN PÍO X. *Tra le sollecitudini*, n.º 20.

¹⁶ Ídem, n.º 16.

¹⁷ PÍO XII, op. cit., n.º 18.

¹⁸ Cf. CONCILIO VATICANO II. *Sacrosanctum Concilium*, n.º 120.

¹⁹ Ídem, n.º 118.

²⁰ Ídem, n.º 116.

²¹ ALCALDE, Antonio. *Canto e música litúrgica: reflexões e sugestões*. 2.ª ed. São Paulo: Paulinas, 2000, pp. 44-45.

²² BENEDICTO XVI. *Carta al gran canceller del Pontificio Instituto para la Música Sacra, con ocasión del centenario de su fundación*, 13/5/2011.

²³ Ídem, ibídem.

²⁴ DUCHESNEAU, Claude; VEUTHEY, Michel. *Musique et Liturgie. Le document «Universa laus»*. Paris: Du Cerf, 1988, p. 90.

²⁵ BENEDICTO XVI. *Saludo al final del concierto en su honor, en el palacio pontificio de Castel Gandolfo*, 2/8/2009.

²⁶ Ídem, ibídem.

Voz de la Iglesia, voz de Francia

El gran órgano de la catedral de Notre Dame embelleció ceremonias en sus días de gloria, atravesó altanero la Revolución y permaneció incólume en medio de las llamas que alcanzaron al templo. ¿Su historia no será un signo del amor de Dios por la hija primogénita de la Iglesia?

Jiordano Gabriel Carraro



La voz humana tiene extraordinaria capacidad de expresar las disposiciones interiores de quien la posee. Así, el grito atronador de un general transmite la fuerza y la valentía que deben caracterizar a un buen comandante e inculca ánimo en los soldados que lo siguen; mientras que en la manera de hablar de una madre transparece los torrentes de afecto que emanan de su corazón, tanto si es para corregir a su hijo como para acariciarlo.

Ahora, ¿qué decir de alguien que tuviera más de cien registros para expresar los diferentes imponderables que pueblan su espíritu, con matices propios a representar cada estado de alma?

Pues bien, el Espíritu Santo, deseo de aproximar a los hombres a las realidades celestiales, inspiró al ingenio humano la creación de un instrumento musical capaz de hacer resonar la rica y matizada voz de la Santa Iglesia. Conteniendo en sí distintos timbres que permiten un sinfín de armonías y combinaciones de sonidos, el órgano tiene la virtud de expresar, aquí en la tierra, las melodías del Paraíso.

¿Cómo nació ese instrumento? ¿Cuándo fue incorporado a las celebraciones litúrgicas?

Cómo se empezó a utilizar el órgano en la liturgia

En los primeros tiempos de la Iglesia el uso de instrumentos musicales en la liturgia era visto con reserva, debido a su utilización en los eventos profanos o idolátricos, y lo mismo pasaba con el órgano.

No obstante, en el siglo VII el Papa Vitaliano autorizó el uso de este instrumento en las ceremonias religiosas y en el año 757 el envío de un primitivo órgano al rey Pepino el Breve, de parte del emperador Constantino V, marcó un giro en los acontecimientos. El regalo del monarca bizantino permaneció en la capilla dedicada a San Cornelio, que el rey de los francos, padre de Carlomagno, poseía en Compiègne y cuyo hito los cronistas carolingios lo dejaron bien registrado.

En el siglo siguiente la presencia de órganos ya era común en los templos católicos y en los monasterios.¹ Y con el paso del tiempo este instrumento se convirtió en el acompañamiento natural de los cantos litúrgicos. Todas las catedrales y las iglesias de cierto porte empezaron a tener al menos uno.

Hoy día, por la falta de tiempo o de recursos para instalar tan complejo instrumento, se recurre a un teclado electrónico que recree, lo más

fielmente posible, el timbre y el ambiente del órgano tradicional.

La «suma de las edades» aplicada a un instrumento

En el desarrollo humano ocurre un fenómeno curioso, denominado por el Dr. Plinio Corrêa de Oliveira como la «suma de las edades».² Cada fase de la vida del hombre tiene características propias y, cuando alguien se desarrolla en armonía con la inocencia, no pierde los aspectos buenos de la edad anterior, sino que los suma a la próxima etapa. Así, con el paso de los años el individuo construye un andamiaje de conocimientos y virtudes que marcan definitivamente su personalidad y la hacen capaz de transmitir a sus semejantes el fruto de esa madurez espiritual.

Esa expresión del Dr. Plino puede ser aplicada, *mutatis mutandis*, a uno de los órganos más grandes y famosos de la cristiandad, considerado «el más importante de Francia y, sin duda, el más célebre del mundo»³: el de la catedral de Notre Dame de París.

En el transcurso de los siglos ha ido siendo perfeccionado y ampliado sin perder lo que anteriormente había recibido de bueno, hasta alcanzar una elevada cima en el cumplimen-



(CC by-sa 3.0)

to de su misión: embellecer las ceremonias litúrgicas y ayudar a transmitir las realidades sobrenaturales en el interior de la catedral.

Siglos de crecientes mejoras

La vida del gran órgano comenzó en el siglo XV. Habiendo recibido del duque de Berry una generosa donación, los canónigos se lo encargaron al fabricante Frédéric Schambantz, en sustitución del anterior, construido en el siglo XIII, que era demasiado pequeño para cubrir las necesidades de la majestuosa catedral.

El 25 de octubre de 1403 finalizó su instalación en lo alto de una tribuna de piedra, encima de la gran puerta oeste. Comprendía aproximadamente seiscientos tubos, así como un teclado con cuarenta y seis notas y un pedalero.

Las atribuciones del nuevo organista, Henri de Saxe, eran precisas: debía garantizar la conservación del instrumento y tocar en veintitrés fiestas durante el año, además de participar en algunos eventos excepcionales, como la coronación del rey Enrique VI, realizada en Notre Dame en 1431.

En 1415 empezaron las primeras reparaciones, que consistieron en la limpieza, revisión y ajuste del instru-

Nave principal de la catedral de Notre Dame, con el gran órgano al fondo

*Con distintos
timbres, que
permiten un sinfín
de armonías, tiene la
virtud de expresar,
aquí en la tierra, las
melodías del Paraíso*

mento. Frecuentemente, tal mantenimiento era combinado con pequeñas modificaciones por parte de los organeros convocados para dicho fin. Así procedieron Jean Robelin y Nicolás Dabenet en 1463 y 1564, respectivamente.

A principios del siglo XVII, el surgimiento del órgano flamenco, que poseía dos teclados y registros separados, convirtió a su congénere medieval en un instrumento arcaico. Por eso, Valéran de Héman añadió al de Notre Dame un nuevo positivo que duplicaba sus capacidades. Así renovado, fue entregado en 1610, en

presencia del nuevo organista titular, Charles Thibault.

En posteriores reformas, hechas sobre todo por el propio Héman y por Alexandre Thierry, fabricante de órganos del rey, el Gran Órgano de Notre Dame fue ampliado a tres y cuatro teclados, de los cuales el primero, que se remontaba aún al período medieval, fue enriquecido con nuevos registros.

Los vientos de la Ilustración soplan sobre París

En el siglo XVIII, estando París bajo el aliento de una nueva filosofía, la arquitectura de la catedral sufrió significativos cambios cuyo objetivo era adecuarlos a los vientos de la época.

«Francia había entrado en el siglo de las luces; el coro de la catedral se rehízo en estilo barroco, los arcos de la nave son ocultados por grandes cuadros —los “Mays”—, ofrecidos cada año por la corporación de orfebres, y el capítulo se apresuraba a romper todos los vitrales de la parte superior de la nave para reemplazarlos por vidrieras con rombos blancos: las últimas reminiscencias del estilo medieval debían desaparecer».⁴

En este contexto, el nuevo organista titular, Antoine Calvière, consiguió

que se reconstruyera completamente el instrumento, cuyo trabajo se confió al célebre François Thierry. En lo alto se puso, escondiendo una parte del rosetón, un gran aparador a la moda del tiempo, en estilo Luis XV, y la tribuna fue cerrada por una balaustrada de hierro forjado con adornos en oro. En 1733 el órgano de François Thierry tenía cinco teclados de cincuenta notas y cuarenta y siete registros, siendo considerado durante mucho tiempo el órgano clásico francés más completo.

Al cabo de cincuenta años, el organero François-Henri Clicquot fue llamado a trabajar en el instrumento, que se encontraba bastante deteriorado. Clicquot decidió hacer una expansión general: alargó el aparador, amplió el número de registros y añadió un *positif de dos*.⁵

El resultado de esta profunda remodelación fue entregado el 5 de mayo de 1788.

Amenazado, pero no destruido, por la Revolución

Durante la Revolución francesa el gran órgano corría el riesgo de ser destruido o vendido, pero la Providencia divina, agradada con sus celestiales armonías, decidió salvar este tan importante elemento del patrimonio histórico simbólico de la Hija Primogénita de la Iglesia.

La catedral de Notre Dame fue profanada y transformada en «templo de la razón», pero el grandioso instrumento permaneció de pie. Tan sólo algunos ornamentos que recordaban a la monarquía y las flores de lis presentes en la base de las columnas del aparador fueron arrancadas a golpes de hacha.

En el año de 1794, el ciudadano Godinot convocó a algunos organistas para que tocaran el instrumento a fin de evitar su deterioro y uno de ellos, el ciudadano Desprez, afirmó: «La mezcla de registros produce diferentes efectos, cada uno más hermo-

so que el otro, y forma una orquesta que bien puede servir para acompañar nuestros cantos cívicos, prendiendo los sentimientos de los verdaderos republicanos y también la cólera que le reservamos a los tiranos». Por increíble que parezca, ese discurso salvó momentáneamente al instrumento de los ataques revolucionarios...

En marzo de 1795 una nueva amenaza flotaba sobre él. La Convención Nacional exigía la venta de los órganos existentes en las iglesias que pertenecían a la República y en agosto del mismo año el gran órgano de Notre Dame era analizado con ese fin por la comisión temporaria



El gran órgano de la catedral de Notre Dame fotografiado a principios del siglo XX

Impregnado en las bendiciones que marcaron siglos de ceremonias, continúa resonando con un timbre casi angélico

de artes. Sin embargo, ésta lo incluyó en la categoría de los que deberían ser conservados por su enorme importancia.

En la sencillez de esos episodios, se ve claramente la mano de la Providencia protegiendo uno de sus amados tesoros terrenos.

La reforma de Viollet-le-Duc y Cavaillé-Coll

Habiendo resistido a la tempestad de la Revolución francesa, el gran órgano continúa su historia, singlando ahora el período del Romanticismo.

En 1847, cuando Eugène Viollet-le-Duc⁷ comenzaba las obras de restauración de la catedral, Eugène Sergent era nombrado organista titular. En esa ocasión, no obstante, el polvo en los tubos, el desgaste del mecanismo, la alimentación defectuosa, la lluvia y el viento que entraban por las ventanas habían inutilizado el valioso instrumento.

A petición de Viollet-le-Duc, Aristide Cavaillé-Coll hizo en 1860 un análisis general del estado en que se encontraba. Y como los gastos en los trabajos de arquitectura absorbían casi todo el montante disponible, Viollet-le-Duc le pidió que lo restaurara usando al máximo el material existente. Se trataba de contar con un instrumento digno de una catedral, pero sin lujos innecesarios.

Rechazado por Viollet-le-Duc su proyecto original, en el que el gabinete del *positif de dos* se mantenía, Cavaillé-Coll optó por diseñar un «órgano revolucionario»⁸ que rehacía completamente, según su propia concepción, la disposición interna del instrumento.

El gran órgano de Notre Dame pasó a contar con ochenta y seis registros, repartidos en cinco teclados de cincuenta y seis notas y un pedaleiro de treinta notas. La conclusión de la obra se dio en diciembre de 1867, permitiendo que el órgano fuera tocado la noche de Navidad, pero su

inauguración sólo ocurrió el 6 de marzo de 1868.

En la ocasión Mons. Georges Darboy, arzobispo de París, bendijo el nuevo instrumento, mientras un miembro del coro lo aspergía con agua bendita desde lo alto de la tribuna. Varios organistas famosos estaban presentes.

Configuración del órgano contemporáneo

Una restauración concluida en 1992 incorporó elementos electrónicos al gran órgano. Fue bendecido por el cardenal Jean-Marie Lustigier, arzobispo de París, e inaugurado en diciembre. Se organizó una serie de conciertos, que congregarían a 50 000 personas en el período de una semana.

Las añadiduras que modernizaron la «voz» de Notre Dame no le hicieron perder su nobleza y originalidad. Las bendiciones que marcaron siglos de ceremonias cargadas por la tradición lo impregnaron de tal manera que sus tubos, ahora mecanizados e informatizados, continuaban haciendo resonar su sonido casi angélico en el interior de la histórica catedral.

Por fin, para celebrar el Jubileo de Notre Dame de París, en su 850 aniversario, en 2012 pasó por una renovación de su sistema de transmisión y una limpieza general de sus 7952 tubos, número más de diez veces superior a aquel con el cual había sido fabricado.



Gustavo Kralj

Notre Dame fotografiada en 2011

Signo de predilección por la hija primogénita de la Iglesia

El gran órgano de Notre Dame es pieza esencial en la vida litúrgica de la célebre catedral. Testigo de siglos de Historia, elemento destacado del patrimonio religioso-cultural del pueblo francés, fue salvado por la Providencia de las catástrofes que la propia catedral tuvo que sufrir. Y ni siquiera las llamas del incendio que recientemente la azotó alcanzaron su estructura.

¿Tal preservación no será un signo de predilección de Dios por Francia, hija primogénita de la Iglesia, a la cual, por así decirlo, él sirve de grandiosa y matizada voz?

El tiempo lo dirá. Pero una cosa es segura: aunque en ciertos momentos la Iglesia parezca que es alcanzada por las peores catástrofes, nunca

Aunque la Iglesia en ciertos momentos parezca que es alcanzada por las peores catástrofes, nunca podrá ser muerta, vencida y ni siquiera silenciada

podrá ser muerta, vencida y ni siquiera silenciada. En la hora en que menos se espera, su voz resurge gloriosa gritando la Verdad por los cuatro rincones de la tierra. ✧

¹ Cf. RIGHETTI, Mario. *Manuale di Storia Liturgica*. 3.^a ed. Milano: Ancora, 2005, v. I, p. 695.

² Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *El don de la sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa de Oliveira*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos

del Evangelio, 2017, v. V, pp. 18-19.

³ LEFEBVRE, Philippe. Les orgues. In: VINGT-TROIS, André (Dir.). *La grâce d'une cathédrale. Notre-Dame de Paris*. Strasbourg-Paris: La Nuée Bleue; Place des Victoires, 2012, p. 449. Las informaciones históricas sobre el gran ór-

gano contenidas en el presente artículo fueron sacadas de esta obra.

⁴ LEFEBVRE, op. cit., p. 451.

⁵ Literalmente: «positivo de espalda». Un órgano de reducidas dimensiones, réplica de los principales registros del órgano mayor, que en el período del barro-

co constituía un instrumento independiente de éste, situado a la espalda del organista.

⁶ LEFEBVRE, op. cit., p. 452.

⁷ Eugène Viollet-le-Duc (1814-1879), arquitecto, restaurador e historiador francés del siglo XIX, dedicado especialmente a la arquitectura medieval. Re-

formó numerosos edificios de Francia, pero sobre todo fue célebre por su trabajo en la catedral de Notre Dame de París, donde, junto con Jean-Baptiste-Antoine Lassus, procuró recuperar con la máxima fidelidad el estilo original del templo.

⁸ LEFEBVRE, op. cit., p. 453.



Italia – El 2 de noviembre el Patriarca de Venecia, Mons. Francesco Moraglia, se desplazó hasta la isla de San Miguel para celebrar una Misa en sufragio de los fieles difuntos y bendecir las tumbas del cementerio. Como ya es tradición, los Heraldos del Evangelio le auxiliaron en el ceremonial litúrgico.



España – Cooperadores de los Heraldos del Evangelio de Valencia llevaron la imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima a varias residencias de Cartagena (izquierda). Mientras tanto, misioneros de los Heraldos visitaban hogares de la parroquia de San José, de Gijón (derecha).



República Dominicana – Fieles pertenecientes a diversas comunidades se reunieron en la parroquia de Nuestra Señora de la Evangelización para consagrarse a María Santísima. Los Heraldos del Evangelio fueron invitados a participar en la Misa y la ceremonia, presididas por Mons. Faustino Burgos, obispo auxiliar de Santo Domingo.



Fotos: Sebastián Cadavid

El Salvador – El día 16 de noviembre comenzó la construcción del Centro de Espiritualidad de los Heraldos del Evangelio de San Salvador, el cual contará con la iglesia de Nuestra Señora de Fátima y San Pablo Apóstol y con una casa de formación para jóvenes. La Celebración Eucarística fue presidida por el P. Fernando Gioia, EP.



Fotos: Agostinho Mapanga

Mozambique – Al encontrarse aún en fase de construcción la iglesia anexa a la casa de los Heraldos de Matola, la Misa dominical y los demás actos litúrgicos se realizan en la capilla de la comunidad. En las fotos de arriba, el P. Santiago Canals, EP, preside una boda que tuvo lugar a finales del mes de noviembre.



Fotos: Aleilton Chavenco

Brasil – La fiesta de la patrona del municipio de Nazaré Paulista fue conmemorada con una Misa presidida por Mons. Sergio Aparecido Colombo, obispo diocesano de Bragança Paulista. Un conjunto musical de los Heraldos del Evangelio fue invitado para dar brillantez al acto.



SUCEDIÓ EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

Religiosas son expulsadas de su convento en China

A principios de noviembre el Partido Comunista Chino envió a unos policías a un convento de Shanxi, quienes, tras intimidar a las ocho monjas que allí vivían, las forzaron a abandonar su casa.

Este hecho cierra un largo período durante el cual las religiosas fueron observadas 24 horas al día, me-

dian te cámaras instaladas por las autoridades y también por representantes asignados para vigilarlas personalmente. Éstos les exigían relatos detallados de sus vidas personales, principalmente con relación a los últimos meses. Algunos de esos agentes entraban en el convento y llegaron hasta asediarlas.

Mientras las expulsaban del monasterio, los representantes gubernamentales retiraron la cruz principal, las cruces del edificio y una docena de imágenes religiosas.

Imagen de la Virgen sale ilesta tras el paso de un huracán

La población del archipiélago colombiano de San Andrés y Providencia, situado al oeste del mar Caribe, se asombró por el hecho de que una monumental imagen de la Virgen María

levantada allí hubiera permanecido incólume en medio de la destrucción causada por el huracán Iota.

El acontecimiento fue tan extraordinario que incluso el propio presidente del país, Iván Duque, lo contó en su programa televisivo *Prevención y Acción*: «Realmente es impactante que después de haber pasado por la isla de Providencia un huracán de categoría 5, la Virgen estaba en pie. Muchas personas decían que ella es milagrosa, porque evitó muchas muertes en la isla».

Franceses protestan contra la suspensión de Misas

En la primera quincena de noviembre, centenares de católicos promovieron marchas, protestas, oraciones y cantos delante de iglesias en Versalles, Nantes y otras ciudades, a fin de

Continúan en el mundo las profanaciones de iglesias

El día 13 de noviembre la iglesia de Cristo Rey de Göttemburgo, Suecia, fue vandalizada con tanta saña que parecía que los agresores querían «crear un Viernes Santo eterno», según explicó el párroco, el P. Tobías Unnerstal, al describir la situación en que se encontraba el templo tras las acciones de los delincuentes.

En Brasil, la iglesia matriz de la parroquia de San Judas Tadeo, de Petrópolis, sufrió un acto vandálico y tentativa de profanación del Santísimo Sacramento el 31 de octubre. Y el domingo de Cristo Rey, desconocidos destruían el altar e imágenes de la capilla de Nuestra Señora de Montserrat, de Aracruz, además de causar daños tanto en la parte interior como la exterior del templo.

En Brigdeport, en los alrededores de Chicago, unos vándalos pintaron con grafiti el exterior de la parroquia de Santa María del Perpetuo Socorro y ensuciaron con tinta negra y roja el rostro de una imagen de la Virgen María situada fuera de la iglesia. La profanación sucedió el domingo 8 de noviembre.

Días después, una imagen de Nuestra Señora de las Gracias situada en la plaza pública de un suburbio de Venecia fue decapitada y le mutilaron las manos el 26 de noviembre, víspera de la fecha en la que la Iglesia conmemora dicha advocación.

A esto se añaden las profanaciones que tuvieron lugar tras el fin de la guerra entre Armenia y Azerbaiyán en Nagorno Karabakh, registradas en numerosos videos compartidos en las redes sociales. En ellos se puede ver a militares y civiles invadiendo, profanando e incluso destruyendo templos cristianos de la región.



Vista del altar mayor y de una de las capillas laterales de la iglesia de Cristo Rey, profanada el 13 de noviembre

Fotos: Gaudium Press

Chile: Imagen de la Inmaculada Concepción recupera su corona original

El 18 de diciembre, la imagen de la Inmaculada Concepción que corona el cerro San Cristóbal, Santiago de Chile, quedó libre de los andamios que la cubrieron durante casi un mes y fue bendecida por el nuncio apostólico, Mons. Alberto Ortega Martín, en una ceremonia con aforo limitado para 200 personas.

Construida en 1908 y situada en el punto más alto de la ciudad, la imagen marca el panorama de la capital chilena con sus más de 22 metros de altura. Los trabajos realizados consistieron en la consolidación de grietas, limpieza y pintura de las superficies. Se aprovechó la ocasión para reponer la corona de doce estrellas que adornaba originalmente la cabeza de la Virgen.



Foto: Facebook del Santuario de la Inmaculada

defender su derecho al culto religioso ante las draconianas restricciones impuestas por el Gobierno francés a causa de la pandemia.

A ellos se unieron las voces de algunos prelados, entre ellos Mons. Dominique Marie Jean Rey, obispo de Fréjus-Toulon, que recordó: «Más que nunca nuestra sociedad necesita a Dios para enfrentar los miedos y las incertidumbres que pesan en nuestro tiempo».

Como resultado de las protestas, el Gobierno francés terminó por autorizar a finales de noviembre las celebraciones eucarísticas en las iglesias, aunque con importantes restric-

ciones de aforo, distancia de seguridad, etc.

Investigaciones documentan incremento de la persecución religiosa

Según un informe divulgado a mediados de noviembre por la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE), a lo largo del año 2019 se registraron 595 crímenes de odio contra objetivos cristianos. Los países más afectados fueron Francia, Alemania, España, Italia y Polonia. Además de los sacrilegios cometidos contra el Santísimo Sacramento, hubo atentados contra templos, los

cuales fueron incendiados, dañados y saqueados. En otros casos, sin embargo, los objetivos eran las personas, sobre todo sacerdotes.

Por otra parte, investigaciones realizadas por el Pew Research Center señalan que la persecución religiosa se volvió especialmente intensa en el año 2018 en China, Irán, Malasia, Tayikistán y otros países asiáticos, norteafricanos y de Oriente Medio. En estas naciones los cristianos son objeto de detenciones, abusos físicos y expulsiones, además de sufrir la destrucción de sus propiedades y restricciones en materia de educación religiosa. ✧

GAUDIUMPRESS
Un instrumento para la Nueva Evangelización

• Español • Inglés • Portugués • Italiano



• Noticias • Opinión • Videos • Fotos

Hechos relevantes de la Iglesia católica y temas afines

Regístrese

gratuitamente en

es.gaudiumpress.org

- ✓ 30 días con el Papa
- ✓ Mundo
- ✓ América Latina
- ✓ Roma
- ✓ Espiritualidad



Esperando el regreso de la noble caravana

Durante un año entero Misael indagó las estrellas esperando el regreso de los reyes que le habían anunciado la venida del Mesías. Sin embargo, nunca volvieron. Algo mucho más grandioso había preparado la Providencia para aquel inocente niño...



María Paloma de Oyarzábal Gutiérrez-Barquín

En una gélida noche de otoño, los desesperados gritos de la tribu que habitaba aquellos parajes rompieron el silencio: las mujeres corrían a salvar a sus hijos, los hombres mientras tanto trataban en vano de resguardar sus más preciadas pertenencias.

Finalmente, todos se vieron obligados a huir ante el inesperado saqueo y en medio del caos desapareció un niño de tan sólo 8 años, llamado Misael; permanecía escondido entre las rocas a la espera de reencontrarse enseguida con sus padres... Sin embargo, cuando bajó la polvareda y los ladrones ya no estaban se dio cuenta de que en el campamento no restaba nadie: se quedó solito.

«¿Cómo? ¿Mi familia ha huido y se ha olvidado de mí? ¿Y también los maestros, en quienes más confiaba yo, me han abandonado?». Sollozando,

miró a las estrellas y pensó: «¿Acaso Dios tampoco se acuerda de mí? ¿Ya no va a venir nunca el tan esperado Mesías?».

Cuando el sol despuntaba iluminando el monótono paisaje, Misael seguía llorando desconsolado. Miraba al desierto casi infinito y se sentía cada vez más desamparado. ¿Qué hacer?

De repente, una discreta nubecilla de polvo empezaba a dibujarse en el horizonte anunciando la llegada de una caravana. En poco tiempo ya estaba tan cerca que incluso se percibían las palabras de una canción con la que sus integrantes amenizaban el viaje:

«¡Noche silenciosa, noche santa! He aquí que por el aire vienen los ángeles del Cielo cantándoles a los hombres, comunicándoles la llegada de Dios. Él es el Rey y el Mesías; de todos es el Salvador».

En medio de ese conjunto de hombres, animales y mercancías destacaban tres ricos señores, montados elegantemente en sus camellos.

«¿Quiénes serán? ¿Comerciantes? Su apariencia es tan noble que hasta parecen reyes...», pensaba Misael. Entonces se dirigió al más anciano y le preguntó:

—¿Por qué van tan alegres? En este mundo sólo hay tristeza; al menos para mí...

—Mi querido jovencito —le respondió el noble viajero—, venimos de las lejanas tierras de Oriente para asistir a un gran acontecimiento, esperado por todas las naciones. Mientras contemplábamos y estudiábamos el firmamento vimos una estrella que relucía más que todas las demás y se desplazaba hacia Occidente; la tradición de nuestros pueblos nos decía que eso sería el signo de los tiempos. La salvación ya se encuen-

tra entre los hombres. Por lo tanto, Gaspar, Baltasar y yo, Melchor, decidimos dejarlo todo y seguir el camino que ella nos señalaba.

Mientras hablaba, el anciano parecía arrebatado por un entusiasmo enteramente celestial. A continuación, mirando fijamente al muchacho, concluía:

—No obstante, llevamos mucho tiempo viajando y ya se nota bastante el cansancio. ¿Habría algún sitio donde podamos descansar?

Misael los condujo hasta la tienda de sus padres. Allí les ofreció todo lo que tenía: humildes esteras, un poco de leche y pan... Tras un breve reposo, los magos de Oriente le contaron al jovencito las peripecias de sus andanzas, mostrándole cómo la mano de Dios flotaba sobre ellos por haber sido fieles al aviso del Cielo.

Al atardecer, cuando las arenas del desierto comenzaban a quedarse menos calientes, la caravana se dispuso a marcharse, no sin antes despedirse del niño y confiarle una misión:

—Nuestro deseo sería llevarte con nosotros, pero tu deber es el de quedarte a la espera del regreso de los demás miembros de la tribu. Conocéis, como nosotros, las profecías con respecto al Mesías, pero tú mismo nos has contado que muchos no quieren aceptar la proximidad de su venida. Cuando los otros vuelvan, deberás transmitirles nuestro mensaje: ¡la salvación ya se encuentra entre los hombres!

Los ojos de Misael se llenaron de lágrimas. Su inocente alma se había alimentado con la fe de aquellos reyes y ahora se marchaban dejándole de nuevo solo. Pero Melchor añadió:

—Misael, en nuestra ausencia, contempla el firmamento y recuerda esta promesa: regresaremos.

Durante los días siguientes, los habitantes del lugar empezaron a llegar poco a poco y la actividad del

campamento volvió a la normalidad. Con todo, los meses iban pasando y los magos de Oriente no daban señales de vida. Al ver frustradas de esta manera las esperanzas del muchacho, uno de sus familiares le dijo burlescamente:

—Tontorrón, ¿aún crees que esos viejos van a retornar? ¿Y para traer el qué? ¿Sabes por qué no han aparecido? ¡Porque el Mesías ni siquiera ha nacido! Y si fuera así, ¿por qué te habrían dejado aquí si tan amigos tuyos son? Te has dejado engañar... —y la risa sarcástica de aquel hombre hirió profundamente el corazón inocente de Misael.

Aun así, el pequeño seguía esperando. Todas las noches contemplaba las estrellas en el firmamento, hasta que en cierta ocasión percibió algo impresionante: la bóveda celeste se encontraba justamente en la misma posición que el día en que había recibido la visita de los ancianos. Había pasado un año exacto.



El varón que acompañaba a la noble señora y el niño le pidió hospedaje, explicándole que viajaban a Egipto

Con la mirada fija en el horizonte andaba buscando emocionado el regreso de la caravana. En lugar de eso vio que se acercaba una noble señora a lomos de un burrito y que llevaba en sus brazos a un niño envuelto en pañales. A su lado caminaba un imponente varón.

Al llegar a la entrada de la tienda aquel hombre le pidió hospedaje y le explicó que viajaban a Egipto, y aún tenían un largo camino por delante. Misael le dio lo mejor que tenía: las confortables esteras que había preparado para los reyes, el pan elaborado con el mayor de los esmeros y la leche más cremosa y sabrosa de su rebaño.

Tan fría era esa noche que dejó un momento esa convivencia llena de bendiciones para ir a por algunos tejidos que calentaran a aquel niño tan especial. Al volver vio una luz como saliendo de los labios de esa señora mientras arrullaba a su hijo:

«¡Noche silenciosa, noche santa! El Señor, Dios de amor, pobrecito nació en Belén. He aquí en la gruta a Jesús, nuestro bien. Duerme en paz, oh Jesús».

Esa melodía... ¡A Misael le sonaba! Cuando la escuchó cantada por aquella voz tan suave y aterciopelada entendió que tenía ante sí el más grande de los regalos. Y, tímidamente, entreabrió los labios para concluir la canción:

«¡Noche silenciosa, noche santa! Oh Jesús, Dios de la luz, cuán amable es tu corazón, que has querido nacer como hermano nuestro y a todos salvarnos».

Los reyes le habían prometido que volverían y no lo hicieron. No obstante, acabaron dándole un regalo mucho mayor que su presencia: Misael fue visitado por la Sagrada Familia. ¡La Virgen le había llevado al mismísimo Creador de los reyes! ✧

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. Solemnidad de Santa María, Madre de Dios.

San Frodoberto, abad (†c. 667). Fundador y primer superior de la abadía de Moutier-la-Celle, próxima a Troyes, Francia.

2. Santos Basilio Magno (†379

Capadocia - Turquía) y **Gregorio Nacianceno** (†c. 389 Capadocia - Turquía), obispos y doctores de la Iglesia.

San Telesforo, Papa y mártir (†c. 136). De origen griego, sucedió al Papa Sixto I y fue martirizado en tiempos del emperador Adriano.

3. II Domingo después de Navidad.

Santísimo Nombre de Jesús.

Santa Genoveva, virgen (†c. 500). Aconsejada por San Germán, a los 15 años tomó el velo de las vírgenes consagradas. Confortó a los habitantes de París, temerosos por las incursiones de los hunos, y socorrió a sus conciudadanos en tiempo de carestía.

4. Beato Tomás Plumtree, presbítero y mártir (†1570). Ejecutado en Durham, en el reinado de Isabel I de Inglaterra.

5. San Eduardo el Confesor, rey (†1066). Consiguió establecer la paz en Inglaterra y promovió la comunión con la Sede Apostólica durante su reinado.

6. Solemnidad de la Epifanía del Señor.

San Andrés Bessette, religioso (†1937). Miembro de la Congregación de la Santa Cruz, ejerció la función de portero del colegio de Nuestra Señora de las Nieves, de Montreal, Canadá, y erigió junto a él un eminente santuario dedicado a San José.

7. San Raimundo de Peñafort, presbítero (†1275 Barcelona - España).

San Polieucto, mártir (†c. 250). Soldado romano que rechazó sacrificar a los dioses durante la persecución de Decio y fue asesinado en Malatya, actual Turquía.

8. San Erhardo, obispo (†707). Natural de Escocia, propagó el Evangelio en Ratisbona, Alemania, donde ejerció su ministerio episcopal.

9. San Eulogio, presbítero y mártir (†859 Córdoba - España).

Beata Julia de la Rena, virgen (†1367). Miembro de la Tercera Orden de San Agustín, se encerró en una estrecha celda junto a la iglesia de Certaldo, Italia, para vivir en penitencia y oración.

10. Bautismo del Señor.

San Pablo, eremita (†s. IV).

Fue uno de los primeros en abrazar la vida monástica y ascética en el desierto del Sinaí.

11. Beato Guillermo Carter, mártir (†1584). Por haber publicado en su imprenta un tratado sobre el cisma, fue preso, torturado, ahorcado y descuartizado en Londres, durante el reinado de Isabel I.

12. Santa Cesárea, abadesa (†c. 529). Hermana del obispo San Cesáreo, quien escribió una Regla para ella y la comunidad del convento fundado por él en Arlés, Francia.

13. San Hilario, obispo y doctor de la Iglesia (†367 Poitiers - Francia).

San Godofredo, religioso (†1127). Siendo conde de Kapenberg, Alemania, decidió recibir el hábito premonstratense, por influencia de San Norberto.

14. Beata Alfonsa Clerici, virgen (†1930). Religiosa de la Congre-

gación de las Hermanas de la Preciosísima Sangre, dedicó su vida a la formación de la juventud en Vercelli, cerca de Milán, Italia.

15. San Arnoldo Janssen, presbítero (†1909). Sacerdote alemán, fundador de la Sociedad del Verbo Divino y de las Siervas del Espíritu Santo de la Adoración Perpetua.

16. San Honorato, obispo (†429). Fundador del célebre monasterio de la isla de Lérins. Ejerció el episcopado en Arlés, Francia.

17. II Domingo del Tiempo Ordinario.

San Antonio, abad (†356 Tebaida - Egipto).

Santa Roselina, virgen (†1329). Hija de ilustre familia francesa, se convirtió en priora de la cartuja de Celle-Roubaud, en la Provenza, destacando por su abnegación y austeridad.

18. Beato Andrés de Peschiera Grego, presbítero (†1485). Religioso dominico que recorrió a pie, durante mucho tiempo, toda la región de los Alpes italianos, viviendo junto a los pobres y predicando la doctrina católica.

19. San Ponciano, mártir (†s. II). Murió atravesado por una espada en Spoleto, Italia, durante la persecución del emperador Antonino.

20. Santos Fructuoso, obispo, y Augurio y Eulogio, diáconos, mártires (†259 Tarragona - España).

San Fabián, Papa y mártir (†250 Roma).

San Sebastián, mártir (†s. IV Roma).

Santa María Cristina de la Inmaculada Concepción, virgen (†1906). Fundó en Casoria, Italia, la Congregación de las Hermanas

Víctimas Expiatorias de Jesús Sacramentado, para la promoción de la adoración perpetua al Santísimo Sacramento y la formación cristiana de los niños.

21. Santa Inés, virgen y mártir
(†s. III/IV Roma).

Beatos Juan Bautista Turpín du Cornier y trece compañeros, presbíteros y mártires (†1794). Decapitados en Laval, durante la Revolución francesa, por su fidelidad a la Iglesia.

22. San Vicente, diácono y mártir
(†304 Valencia - España).

Beato Ladislao Batthyány-Strattmann, padre de familia (†1931). Médico oriundo de una familia principesca húngara, atendía gratuitamente a los pobres e indigentes en el hospital que fundó en Viena, Austria.

23. San Ildefonso, monje y obispo
(†667 Toledo - España).

San Andrés Chong Hwa-gyöng, mártir (†1840). Catequista torturado y estrangulado en la cárcel durante la persecución en Corea.

24. III Domingo del Tiempo Ordinario.

San Francisco de Sales, obispo y doctor de la Iglesia (†1622 Lyon - Francia).

Beata Paula Gambará Costa, viuda (†1515). Terciaria franciscana de Binaco, Italia, que soportó con paciencia la violencia de su esposo hasta lograr su conversión.

25. Conversión de San Pablo, apóstol.

Beato Manuel Domingo y Sol, presbítero (†1909). Fundó en Tortosa, España, la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Corazón de Jesús.

26. Santos Timoteo (Éfeso - Turquía) y Tito (Creta - Grecia), obispos.



Reproducción

Conversión de San Pablo - Catedral de Sevilla (España)

San Agustín Erlandsson, obispo (†1188). Arzobispo de Nidaros, actual Trondheim, Noruega, defendió del poder temporal la grey que le fue confiada y la fortaleció con admirable diligencia.

27. Santa Ángela Merici, virgen
(†1540 Brescia - Italia).

Beata Rosalía du Verdier de la Sorinière, virgen y mártir (†1794). Religiosa del monasterio benedictino de la Congregación del Calvario, guillotínada en Angers durante la Revolución francesa.

28. Santo Tomás de Aquino, presbítero y doctor de la Iglesia
(†1274 Priverno - Italia).

Beato Julián Maunoir, presbítero (†1683). Sacerdote de la Compañía de Jesús que se dedicó totalmente a las misiones populares en la región de Plévin, Francia.

29. San Afraates, eremita (†c. 378).

Nacido cerca de Nínive, en el actual Iraq, se convirtió al cristianismo y pasó a vivir como anacoreta en Edesa, Siria.

30. Santa Batilde, reina (†680).

Anglosajona de origen, fue capturada por piratas y vendida como esclava en Francia. Se casó con el rey Clodoveo II y, al final de su vida, se retiró a la abadía de Chelle, cerca de París.

31. IV Domingo del Tiempo Ordinario.

San Juan Bosco, presbítero (†1888 Turín - Italia).

San Eusebio, monje (†884). Natural de Irlanda, ingresó en la abadía de San Galo, Suiza, después se retiró al monte San Víctor, Austria, donde vivió como eremita.

Donde los Reyes Magos

Elusiva e intrigante como los ojos del beduino, Petra parece custodiar, tras las mudas rocas de sus fachadas, el secreto de la verdadera identidad de los tres Reyes Magos.

Gustavo Adolfo Kralj



Al sudeste del mar Muerto se pueden divisar todavía hoy día las fascinantes ruinas de una ciudad tallada en piedra, que durante siglos permaneció oculta en el inhóspito desierto de Edom. Para acceder hasta allí es necesario recorrer una estrecha garganta de 1200 metros de longitud, serpenteándola entre paredes rocosas que alcanzan, en ciertos puntos, hasta 180 metros de altura.

Me refiero a Petra, ciudad construida por los nabateos, pueblo que desapareció en las resecaas arenas de Oriente tan misteriosamente como surgió: de manera similar al revolar de la seda llevada por el viento del desierto o al aroma del incienso emanado de un cuento de *Las mil y una noches*.

Mientras los romanos construían prácticas calzadas, obligando a los pueblos dominados por ellos a conformarse negligentemente con las rutas establecidas, los nabateos guiaban sus pasos siguiendo el movimiento de los astros.

Navegantes eximios en los mares de arena, tenían una incomparable capacidad de transportar oro, incienso y mirra para venderlos y enviarlos a tierras distantes como Siria, Egipto, Persia, Turquía, Roma.

Sus camellos, de portentosa resistencia y de una secreta habilidad para almacenar agua, añadidos a la pericia de guiarse por las estrellas, les hicieron posible establecer la llamada *Ruta del incienso*, que unía el puerto de Gaza al golfo de Adén y a las míticas minas de Saba a través de 2400 kilómetros de desierto.

Con el transcurso de los siglos, ese pueblo nómada pasó a dominar un vasto territorio. Gracias a sus ingeniosos sistemas de riego, que aún hoy asombran a los estudiosos, fueron capaces de edificar la magnífica Petra, cuya grandeza perdura hasta nuestros días.

Sin embargo, más allá de los mudos testimonios de ruinas milenarias, la cultura de los nabateos ocupa la atención de los investigadores a causa de una relación aún más enigmática y fascinante: con respecto a los Reyes Magos.

¿Habrían pasado por Petra a lo largo de su interminable trayecto? Es muy probable que así fuera, pues no en vano dice el profeta Isaías: «Te cubrirá una multitud de camellos, dromedarios de Madián y de Efá. Todos los de Saba llegan trayendo oro e incienso, y proclaman las alabanzas del Señor» (60, 6). Y en otra parte: «Enviad un cordero al soberano del país, desde la Peña del desierto» —lugar

que muchos identifican con Petra— «al monte Sion» (13, 1).

Yendo más lejos en ese vínculo, algunos autores afirman que los Reyes Magos fueron, en realidad, sacerdotes nabateos que unían el conocimiento de los persas a la proximidad física y espiritual con el pueblo elegido.¹

¿Cuál será la respuesta a ese intrigante enigma?

Sea cual sea, las lluvias torrenciales del invierno y los tórridos vientos del desierto no han conseguido aún desvanecer la imponencia de Petra, elusiva e intrigante como los ojos del beduino. Detrás de las mudas rocas de sus fachadas parece que habita el secreto de la verdadera identidad de los Reyes Magos, esos sabios, astrólogos y místicos que, guiados por una estrella, un día llegaron a Judea para adorar al Niño Jesús.

Y, mientras arqueólogos y académicos revelan nuevos rasgos de su pasado milenario, la magnificencia de esta ciudad puede, quizá, resumirse en una frase simple en palabras, pero densa en contenido: Petra, donde los Magos anduvieron una vez... ✧

¹ Cf. LONGENECKER, Dwight. *Mystery of the Magi: The Quest to Identify the Three Wise Men*. Washington DC: Regnery History, 2017.

anduvieron una vez...



La garganta que conduce a la ciudad



Templo de Al Khazneh



Camellos a la espera de viajeros



Antigua puerta de la ciudad



Ruinas del anfiteatro



Tumbas situadas en el extremo sur

Fotos: Gustavo Kralj

*H*ijo mío, ten confianza en mí.
Quiero darte lo que tú no tie-
nes fuerzas para conseguirlo. Rézame
a mí, yo soy tu Madre.

Plinio Corrêa de Oliveira